

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS.

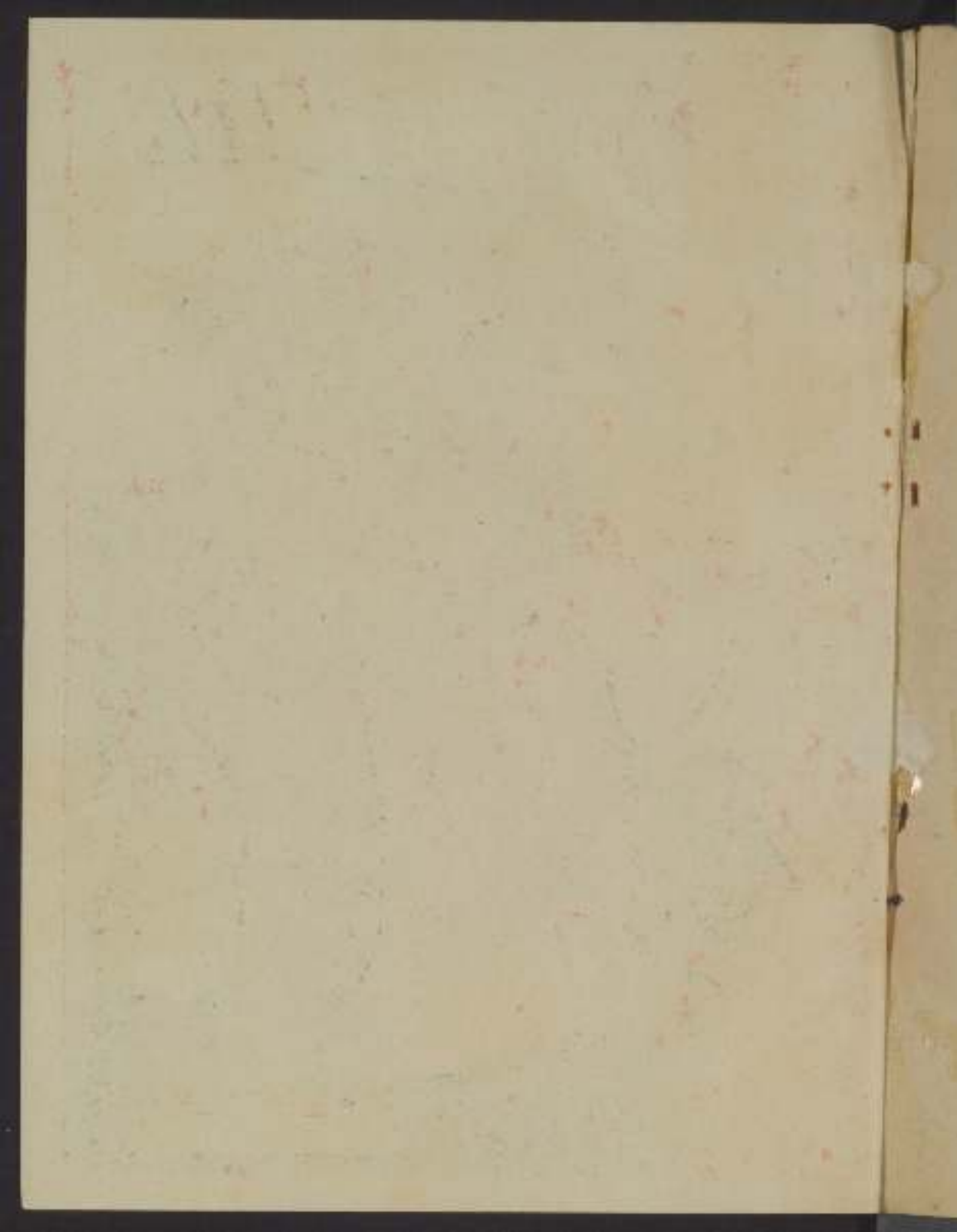
• SERIE ESPECIAL •

PERLA MALDITA



Basil RATHBONE
★ *Nigel BRUCE* ★
MAURICE TILLET "EL ANGEL"

Editorial **ALAS**





Reservados los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRÁFICAS ESTILO
Valencia, 134 - Teléfono 70677
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: SAMON SALA VERDAGUER

Aguilado 707 - BARCELONA - Teléfono 70657
Valencia, 224 - Dirección telegráfica: TRITVALAS

AGENCIA DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Barbieri, 16, Barcelona - Tornera, 6, Madrid

EDITORIAL
ALAS



AÑO XXVI

SERIE ESPECIAL

NUM. 292

NUM. 143

PERLA MALDITA

Una magnífica interpretación de Basil Rathbone en el papel del famoso y legendario detective Sherlock Holmes. Tres asesinatos cometidos para la consecución de la maravillosa Perla Borgia. Y la extraordinaria aventura del detective que va descubriendo uno por uno los hilos de la maquinación hábilmente llevada a cabo por los asesinos. He aquí la síntesis de la película PERLA MALDITA, que EDITORIAL ALAS se complace en presentar a sus lectores.

S. A. DE CINEMATOGRAFIA
ESTRELLA AZUL

Calle de Aragón, 241
BARCELONA



COMPAÑIA ANONIMA DE CINE Y FOTOGRAFIA

Sucursales:

Aragón, 243 - Barcelona
Arguijo, 4 - Sevilla
Gran Vía Germanías, 26 -
Valencia

Arenal, 23 - Madrid
Licenciado Posa, 10 - Bilbao

PRINCIPALES INTERPRETES

Sherlock Holmes . Basil Rathbone
Doctor Watson . . Nigel Bruce
El Reptil Marcel Tillet «El Angel»

secundados por

Dennys Hoey, Evelyn Ankers, Miles Man-
ders, Ian Wolfe, Charles Frances y Rondo
Hatton.

Director:

Roy William Neill

Narración literaria:

Fernando de Villanueva

PERLA MALDITA

El buque iba a llegar al puerto inglés de Dover. Uno de los camareros recorrió los diversos camarotes para advertir de ello a los viajeros, y para que éstos pudiesen preparar con tiempo sus maletas.

Mister Goodram se dispuso a dejar listas sus cosas. En último término colocó, en lugar muy disimulado de su equipaje, la famosa perla Borgia, cuya custodia le había sido confiada y cuyo destino era el Real Regent Museo de Londres. La joya estaba ya escondida. Muy hábil había de ser el ladrón para apoderarse de ella. Pero Mr. Goodram ya había desechado las suposiciones malévolas. Pocas horas después, la joya se hallaría en el museo.

Cuando Mr. Goodram había ultimado su equipaje, llamaron a la puerta. Era un oficial del buque, Mr. Steward, quien iba a anunciar al viajero que en la oficina de radio tenía un mensaje a su disposición. Mr. Goodram siguió al oficial, después de haberse asegurado de que la puerta de su camarote estaba bien cerrada.

Pero Mr. Goodram no había tomado, por lo visto, todas las precauciones necesarias. Una mujer que hacía el viaje en el mis-

mo buque estaba al acecho y no descuidaba ninguno de los pasos, ninguno de los gestos del depositario de la perla maldita. Era una muchacha rubia y atrayente, llamada Naomi Drake, conocida también, en ciertos medios, por Yvette Dejoux y por Lisa Vannini. Asomada, con aire indiferente, a la barandilla del buque, Naomi vió salir de su camarote a Mr. Goodram, seguido del oficial.

No había tiempo que perder. Mr. Goodram no tardaría en regresar de la cabina de radio. Naomi se dirigió hacia la puerta del camarote del viajero y, sacando una llave de su bolso, abrió cautelosamente la puerta, sin que nadie viera la maniobra. Conocedora del lugar donde Mr. Goodram depositó la perla, allí se dirigió directamente y unos pocos segundos después se hallaba en su posesión. Con la misma calma, y siempre sin testigos, volvió a la barandilla donde se hallaba, momentos antes, recostada, contemplando vagamente el horizonte, a cuyo fondo se divisaban el puerto y la ciudad de Dover. Colocó la perla en el interior del aparato fotográfico que llevaba. Luego contempló la llave que le había permitido abrir la puerta del camarote de mister Goodram, la besó en señal de agradecimiento por el servicio que le prestó y echóla al agua.

Pero eso no bastaba. Naomi Drake tenía necesidad de un testigo importante para el caso de que la desaparición de la joya fuese advertida por Mr. Goodram. Por otra parte, le convenía un cómplice incorruptible. La aduana examinaría sin duda la máquina fotográfica. Alguien que no fuera ella misma debía llevarla. Pero había de ser una persona que estuviese a cubierto de toda sospecha. Naomi, mujer precavida y astuta, contaba, o creía contar, con una persona que viajaba en el mismo buque: un pastor protestante, viejecito y de bondadoso aspecto, con el que ella había entablado conversación varias veces en el curso de la travesía.

En aquellos instantes, el pastor protestante dormía plácidamente, tumbado en una «chaise-longue». Naomi se acercó al sacerdote, se sentó a su lado en otra confortable «chaise-longue»

y simuló continuar la conversación iniciada, como si ésta no se hubiese jamás interrumpido.

El buen hombre se despertó súbitamente al oír de labios del camarero que el buque estaba llegando a Dower.

—Pero, ¿qué me ha pasado? —exclamó saliendo de su sueño—. ¿Me habré dormido en medio de una conversación tan interesante? Oh, señorita, ¿qué habrá pensado usted de mí?

—No diga más —replicó dulcemente Naomi—. Sabía que estaba usted fatigado y traté de no hacer el más leve ruido. No le hubiese despertado a usted por nada en el mundo.

—Es usted muy gentil —exclamó el buen pastor protestante.

A Naomi le convenía continuar una conversación iniciada un buen rato, para que, llegado el caso de que, por sospechosa, la detuvieran como autora o cómplice del robo de la perla, pudiera alegar que, cuando el señor Goodram había sido llamado a la oficina de radio, ella se encontraba hablando de flores con un venerable pastor.

—Me estaba usted explicando cómo son sus rosas... —insinuó la muchacha.

El pastor dió la sensación de que despertaba de un largo sueño y que volvía a la realidad.

—Ya, sí, sí, mis rosas, mis bellísimas rosas. Estoy verdaderamente orgulloso de mis rosas, demasiado orgulloso, quizá. Oh, perdóneme, señorita. Ya vamos acercándonos a Dower. Vaya, vaya. Bendito sea, bendito sea. Ya llegamos.

En efecto, a poca distancia se divisaban el puerto y la ciudad de Dower. No pasaría mucho tiempo sin que desembarcaran. Llegaba el momento decisivo para Naomi. ¿Cómo podría pasar por la aduana sin que la joya fuese hallada en su poder? No había escapatoria, pues ella suponía, y no sin razón, que en la administración aduanera sabían que en aquel buque viajaba Mr. Goodram con la perla famosa. La muchacha tenía que desembarcar la primera, es decir, mucho antes que el portador de la joya, pues de lo contrario, las autoridades ya tendrían noticia por Mr. Goodram de la desaparición de la perla, y procederían en consecuencia contra

todos los viajeros, singularmente, con aquellos que les parecieran sospechosos. Una muchacha que viajaba sola, que se condujo discretamente durante toda la travesía, podía dar motivos de recelo. No. Ella no podía descender del buque llevando consigo la perla, aunque la hubiese escondido en el lugar más recóndito de su equipaje.

Naomi no podía perder tiempo. Era preciso obtener la ayuda del pastor, tan ajeno al ardid que la aventurera muchacha le tendía. Y Naomi se dispuso a abordar la cuestión que tanta importancia tenía para ella.

—Sabe usted, padre —le dijo— que he estado temiendo este momento...

—¿Por qué? —preguntó el padre, creyendo que acaso su llegada a Dover había de deparar alguna contrariedad a la señorita.

Naomi procuró no perder la serenidad que en aquellos momentos le era de una importancia vital. Había de hallar un pretexto razonable que convenciera al buen sacerdote.

—Verá usted: tengo película revelada en mi máquina y es más que posible, seguro, que me la hagan abrir en la Aduana. Me daría mucha pena perder mis fotografías.

—Desde luego, señorita, sería una verdadera lástima.

A Naomi se le antojó que esta frase era una especie de invitación a que ella le confiara el aparato. Y presumiendo en el éxito de su tentativa, la emprendió francamente:

—Quisiera pedirle un gran favor: ¿le importaría mucho guardarme la máquina, tan sólo hasta después de pasada la Aduana?

—Pues, verá, no estoy muy seguro... —respondió, vacilante, el pastor.

A la seductora muchacha le pareció que una tormenta le venía encima. ¿Qué pasaría si el pastor se negaba a ayudarla en el trance difícil? Aquella respuesta vacilante daba pocas esperanzas a Naomi. Pero era preciso no abandonar la partida.

—Sólo ha de decir que es suya —insistió ella—. Siendo usted un pastor, no esté sujeto a una inspección tan rígida.

Finalmente, el pastor pareció quedar convencido, quizá por la ingenuidad —nada más que aparente— de Naomi. El caso es que tras unos segundos de vacilación —que a la muchacha se le antojaron eternos— y tras unas sonrisas cariñosas, sinónimas de exquisita benevolencia, el sacerdote exclamó dulcemente:

—Bueno, bueno, está bien. Deme usted la máquina y la recibirá intacta a la salida.

Naomi le tendió el aparato fotográfico, que el buen hombre guardó en la mano. Los dos se acercaron hacia la barandilla para contemplar el puerto de Dover, que estaba ya a poca distancia del buque.

Por el valvén del buque, la máquina estuvo a punto de caer de las manos del sacerdote. Naomi no pudo reprimir su desazón. Si el aparato fotográfico se desplomaba para hundirse en el mar, toda la aventura —con sus riesgos y sus peripecias— resultaba infructuosa. Para evitar que el temible y temido percance se repitiera, y esta vez ya con carácter irremediable, Naomi trató hábilmente, hasta conseguirlo, de separar el pastor de la barandilla del buque.

Minutos después éste amarraba en el puerto. Uno a uno los viajeros descendieron para presentarse en los despachos de la Aduana. Tal como Naomi había calculado, al pastor no le dijeron absolutamente nada. Ella no fué tampoco molestada, pues todo cuanto llevaba no tenía ninguna importancia. Quien había de sufrir una extraordinaria decepción era Mr. Goodram.

En la Aduana no se ignoraba que Mr. Goodram era el portador de la perla Borgia, destinada al Museo Real. Una vez el mensajero del Museo hubo dado su filiación, el empleado de la oficina le reconoció:

—¿Trae usted la perla Borgia?

—En efecto. Se la mostraré en seguida.

Mister Goodram deshizo cuidadosamente uno de los bordes de la maleta, dispuesto a mostrar la famosa perla al funcionario aduanero. Pero su sorpresa y su emoción fueron extraordinarias. La perla había desaparecido. Mr. Goodram se dió cuenta entonces

de que el mensaje que le llevaron a bordo no había sido otra cosa que un ingenioso pretexto para que se marchara del camarote.

Por su mente pasaron las escenas recientemente vividas, y mentalmente también recorrió las fisonomías de sus compañeros de viaje.

Entretanto, el pastor protestante entregaba, en el puerto, la máquina fotográfica a su propietaria Naomi Drake.

—Ni siquiera me interrogaron, señorita —le dijo.

—Oh, padre, ¿cómo podré agradecerérselo?

—No lo intente, señorita. Me contentaré con que me mande una de sus fotografías.

—Con mucho gusto, padre. Adiós.

—Adiós.

A poca distancia del muelle un coche esperaba a Naomi. En su interior había un hombre: Giles Conover.

Tan satisfecha Naomi del difícil trabajo realizado a bordo con la perla Borgia, que, estando todavía en el estribo del coche, no pudo reprimirse de exclamar, dirigiéndose a Giles:

—Mira. Ya está —e iba a mostrarle la máquina fotográfica en cuyo interior se hallaba la perla.

Pero Giles Conover, más precavido o más ducho en estas lides, exclamó malhumorado:

—¿Cuántas veces he de advertirte, Naomi, que no debes hablar hasta que las puertas estén cerradas?

—Lo siento, Giles... —Y luego repuso—: No esperaba encontrarte aquí...

—No podía negarme al placer de esperarte. Naomi, estás más encantadora que nunca. Estamos muy contentos de tenerte aquí otra vez.

—¿Estáis? Has hablado en plural...

—Sí, Naomi, un viejo amigo tuyo ha regresado inesperadamente y ha preguntado con insistencia por ti.

—¿Quién es? —exclamó Naomi, sobresaltada, temiendo que quien había regresado fuese «El Reptil», un verdadero monstruo humano que estaba enamorado de ella.

El «Reptil» había tenido que huir de Inglaterra, por temor de ser aprehendido por la policía, que seguía su rastro después de unos asesinatos misteriosos que con razón se le atribuían. Permaneció durante mucho tiempo ausente, sin que nadie supiera nada de él. Desde hacía unos días se encontraba de nuevo en Inglaterra y su primera reacción fue la de acercarse a los lugares donde se hallaba Naomi.

—Le encontré paseando por tu cuarto —continuó tranquilamente Conover— haciendo unos gemidos melancólicos, como si fuese un perrito.

—No, no puede ser, Giles...

—Sí, Naomi, se trata del «Reptil», tal como tú supones.

A Naomi le atormentaba la idea de que pudiera cruzarse de nuevo con aquel hombre que le infundía terror y al que consideraba capaz de cualquier cosa, si ella no le concedía sus amores.

Ante la posibilidad de encontrarse frente a frente con él, Naomi no estaba dispuesta a regresar a su domicilio, y así se lo manifestó a Giles. Pero éste había tomado sus precauciones, y unos minutos antes de dirigirse hacia el puerto para recibir a la muchacha encerró al «Reptil» en una habitación.

—Pero —añadió Conover— deja tus preocupaciones en ese aspecto y hablemos de lo importante. ¿Has tenido suerte?

—Ya te dije, en un principio, que sí. Ya lo verás. Llené la máquina fotográfica de papel para que la perla no se sacudiese. Es, tal como se había dicho, la perla más grande, más rica que se haya soñado.

Y Naomi se dispuso a mostrar a Conover el interior de la máquina. Sacó meticulosamente los papeles. Pero la perla había desaparecido.

—No comprendo nada de eso —murmuró desconcertada la muchacha.

Buscó y rebuscó, pero sin tener mejor suerte que antes. En el fondo del aparato fotográfico sólo había un papel que Naomi desenvolvió nerviosamente. En este papel se leía lo siguiente: «Mi querido Conover: Perdóneme si me he tomado la libertad de de-

volver la perla Borgia a sus legítimos propietarios. Queda como siempre suyo s. s. servidor, S. H.»

—¿S. H.? —exclamó Naomi.

—Sí, Naomi. La persona a la que has confiado la perla era nada menos que Mr. Sherlock Holmes, de la calle de Baker.

Naomi no acertaba a reponerse de la ruda impresión sufrida. Entonces, aquel pastor venerable, con el pelo blanco y la dulce sonrisa, no era tal, sino... En efecto, aquel sacerdote no era otro que el famoso detective, Mr. Holmes, temido por todos los delinquentes y envidiado por los policías inexpertos.

QUIEN ERA GILES CONOVER

Sherlock Holmes regresó a su domicilio. El doctor Watson, su más fiel amigo y colaborador, hombre ingenuo y bonachón, desinteresado y noble en todas sus cosas, se encontraba allí. El hombre suspiraba por saber cuál era la última hazaña realizada por el famoso detective.

—Ya te contaré, Watson. Hagamos las cosas por partes. Ahora me quito el maquillaje. Ya tenía ganas de deshacerme de él. Estoy tan tieso como una anguila esmaltada.

Cuando Sherlock Holmes se hubo lavado bien y aparecía tal como era, convertido de pastor protestante en detective profesional, se lo explicó a su amigo Watson.

—Pues bien: tu amigo Sherlock Holmes —le dijo— ha practicado el oficio de ratero. Se ha apoderado de la perla que una muchacha muy elegante había robado, a su vez, al mensajero del Museo Real. Mira en el bolsillo interior de mi abrigo, éste que tú ibas a arrinconar hace un momento.

Watson registró cuidadosamente el bolsillo del gabán. Allí había un billetero. Dentro de él, una perla. Watson la cogió para guardarla en sus manos.

—En este momento, Watson, tienes en tus dedos la cantidad insignificante de cincuenta mil libras.

—¿Qué dices, Sherlock? ¡No es posible!

—Tan verdadero como la muerte. La perla Borgia auténtica, manchada con la sangre de veinte hombres. La conseguí de una encantadora señorita, Naomi Drake, conocida también con el nombre francés de Yvette Dejoux y por el italiano de Lisa Vannini.

—Nunca he oído hablar de ella.

—No, ni de Giles Conover, creo yo.

—Pues me parece que no.

—Increíble, Watson, increíble. Giles Conover recorre Europa como una plaga. Nadie sabe nada de él. Este dato le coloca en la cima de los anales del crimen.

El amigo de Mr. Holmes estaba desconcertado, no sólo por cuanto acababa de oír con respecto a la existencia azarosa, aventurera, criminal de Giles Conover, sino por la audacia, la sangre fría y la inteligencia que, a cada momento y en cada circunstancia, revelaba el detective.

—¿Qué hace Conover? —preguntó intrigado el buen doctor Watson.

—Mucho y, sin embargo, nada. En su carrera diabólica, la policía jamás ha podido acusarle. No obstante, demuéstreme, Watson, un crimen sin motivo, un robo sin una pista, un asesinato sin un rastro, y entonces yo te presentaré a Giles Conover. Hace dos años que desapareció de sus lugares de frecuentación, y tengo motivos para creer que... Sí, ya no hay duda: que se encuentra de nuevo en Inglaterra. Si yo pudiera liberar a la sociedad de su presencia nefasta estaría satisfecho, porque mi carrera habría alcanzado la cima.

Watson no acertaba a colegir la relación que pudiera existir entre Giles Conover y el robo de la perla Borgia. Y si había relación en las dos cosas, ¿cómo se había enterado de ello Sherlock Holmes? Escéptico, a pesar del aplomo y la seguridad con que éste se expresaba, Watson no pudo hacer menos que preguntarle:

—¿Pero tú crees que Conover tiene algo que ver con el robo de esta perla?

—Nunca estuve tan seguro de otra cosa. Pero, calla, Watson...

Watson calló. Sherlock Holmes también. Ruido, pero sin hacer el menor ruido, sacó una pistola del cajón de su mesa. Alguien subía lentamente por la escalera, Sherlock ordenó en voz baja a su amigo Watson que apagara la luz. Llamaron a la puerta.

Pero esta vez no había ningún peligro. Se trataba del inspector de policía Lestrade.

Lestrade era un agente de Scotland Yard que acostumbraba a presumir de hombre astuto e inteligente, dotado de un buen olfato policíaco. Para él —por lo menos así lo decía— no había crimen ni robo misterioso. Todo estaba claro. Y si en algún caso esa claridad no aparecía, es que no había ningún otro policía —por experto que fuese— que pudiera esclarecerlo. «Lo que no descubre Lestrade —se decía— ya no lo resuelve nadie.» A Sherlock Holmes le divertía mucho aquel hombre tan curioso, tan seguro de sí mismo y tan poco «policia secreto», pues con su indumentaria a la legua se adivinaba que pertenecía a Scotland Yard. Su bombín y su gabardina, y sobre todo el modo de llevarlos, eran signo inconfundible.

—Disculpeme, Lestrade —dijo Sherlock Holmes, con la pistola en la mano—. Esperábamos la desagradable visita de Giles Conover.

Lestrade saludó a sus dos amigos. Era un inspector que se consideraba un verdadero maestro en su profesión y, sobre todo, un especialista en descifrar los crímenes que aparecían más cargados de misterio.

—Creo —le dijo Sherlock Holmes, sin remilgos— que Scotland Yard ha sido notificada del robo de la perla Borgla.

—Sí, pero...

—Entrégasela al inspector Lestrade —ordenó Sherlock Holmes al doctor Watson.

Watson la sacó de la boca, donde la había colocado en el momento en que la puerta se abrió para dar paso a Lestrade.

—Vaya manera de tratar a la famosa perla —exclamó, sonriente, el inspector.

—Le aseguro, Lestrade —declaró el detective— que no estaré tranquilo hasta que la perla se halle en la caja más fuerte del Real Regent Museum.

Los tres hombres salieron a la calle, no sin antes asegurarse de que nadie les seguía. El recorrido fué seguido nerviosamente, pues no era cosa de que Giles Conover —conocedor sin duda de la estratagema del pastor protestante— les preparara una de sus clásicas y traicioneras emboscadas.

EN EL REAL REGENT MUSEUM

Unos momentos después, Sherlock Holmes, el doctor Watson y el inspector Lestrade se hallaban, en el Real Regent Museum, en presencia de su director, Mr. Digby. Examinada la perla y comprobada su autenticidad, Mr. Digby se dispuso a colocarla en una mampara de cristal que se hallaba en una de las salas del museo, repleta de público en aquellos momentos.

—Debo confesarle, Digby —exclamó Sherlock— que me alegra mucho ver por última vez la preciosa perla.

—Preciosa es poco, Holmes. Fijese usted en su tez perfecta, en su simetría incomparable. Es un milagro de belleza.

—Y un milagro de horror —replicó el detective—. Tiene una historia manchada de sangre. Piensen ustedes en las desgracias que ha acarreado a los infelices que la han tenido en sus manos avaras. Alejandro Borgia murió atormentado y ennegrecido por el veneno; Carlos de España se convirtió en un maniático. Una joya desastrosa, amigo señor Digby. El mundo estaría mucho más tranquilo si esta perla fuese hundida en el océano de donde procede.

—No daríamos así un trato muy caballeresco a un verdadero tesoro nacional —concluyó Mr. Digby.

Lestrade sacó la joya del estuche en que iba encerrada y se la entregó al director del museo. Mr. Digby la colocó en el centro de la mampara y la cerró con llave. Ya estaba cómoda y segura. Así, por lo menos, lo había hecho notar el señor Digby.

Pero a Sherlock Holmes no le parecía un lugar demasiado seguro.

—¿No sería conveniente montar una guardia? —propuso Sherlock Holmes—. No hay que olvidar que Giles Conover está buscando la perla...

El director miró a derecha e izquierda, y exclamó, muy seguro de sí mismo:

—En este momento hay cien guardias vigilando.

Pero la seguridad y la confianza de Mr. Digby no eran compartidas por el famoso detective. El no vela por allí a ningún policía, ni consideraba que aquel lugar fuese el más adecuado para guardar una joya de tan inapreciable valor artístico e histórico.

—Mis ojos deben fallar —respondió Sherlock Holmes—, porque no comprendo. ¿Cómo se puede evitar que alguien rompa el vidrio y se la lleve?

Watson corroboró lo dicho por su amigo.

—¿Quiere usted intentarlo, señor Watson? No se moleste en romper el cristal. Se lo abriré yo mismo.

En efecto, el señor Digby abrió la mampara. El buen doctor Watson se dispuso a sacar la perla. Una vez quedó entre sus dedos, se oyeron por todas las salas del museo las señales de alarma. Las puertas y las ventanas se cerraron automáticamente. Todos los guardias —uniformados o de paisano— se pusieron en movimiento.

—No se alarmen —dijo el director del museo—. Eso es sólo una demostración. ¿Quiere usted dejarme de nuevo la perla, doctor Watson?

Y, una vez la hubo colocado en su sitio, el señor Digby invitó a Sherlock Holmes, al inspector Lestrade y al doctor Watson a entrar en su despacho, donde les explicaría lo sucedido. Todo, en el museo, funcionaba con electricidad. Bastaba con que un cua-

dro, una escultura, una joya fuese sacada del lugar donde se hallaba, para que funcionaran estrepitosamente todos los timbres de alarma y quedaran cerradas todas las salidas del museo.

—Muy ingenioso —exclamó Sherlock Holmes cuando se hallaron los cuatro hombres en el despacho del director—. Pero, ¿dónde está el control de este invento de seguridad?

—Los hilos se hallan en esta misma habitación, pero, naturalmente, no a la vista del público.

Sherlock Holmes no parecía muy convencido. Por el contrario, presumía que la estratagema era perfectamente inútil ante la audacia de un ladrón experto. Y para persuadirse de ello y, sobre todo, para persuadir a los demás de su propia desconfianza en el invento, cuando ya se disponía a marchar del despacho del director, simuló haber chocado con una mesita en la que había un jarrón con frutas artificiales. Estas se desparramaron por el suelo, y mientras Sherlock Holmes se excusaba de su torpeza y recogía las frutas que iban rodando sobre las alfombras, levantó cuidadosamente una cortina, detrás de la cual aperecieron los hilos eléctricos que hacían funcionar los aparatos de alarma.

Pero cuando volvió la espalda, uno de los empleados del museo, dedicado a la limpieza, arrastrado por el suelo y simulando perfectamente hallarse en la actividad a la que estaba destinado, cortó los hilos eléctricos. Nadie de los que se hallaban en el despacho del director se dio cuenta de la maniobra, hecha cautelosa y subrepticamente a través de la puerta entreabierta.

Entretanto, la conversación prosiguió, gracias a la insistencia de Sherlock Holmes.

—¿Los objetos de arte de esta habitación —preguntó Sherlock Holmes al director— están todos conectados con su sistema de protección?

—La mayoría. Pero, ¿por qué lo pregunta?

—¿Este grabado de Hogart, por ejemplo, está conectado? —preguntó a su vez Sherlock Holmes señalando un cuadro que pendía de la pared.

—Desde luego. Se trata de un original sin precio.

—Quítalo, Watson —ordenó Sherlock Holmes a su amigo.

Pero Watson estaba ya escarmentado y no quiso meter de nuevo la mano al fuego. Fue el inspector Lestrade quien lo hizo. Pero cuál había de ser la sorpresa de todos los reunidos al darse cuenta de que, sacado el cuadro de su puesto habitual, no se oía ninguna señal de alarma.

—No comprendo —exclamó sobresaltado el director—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué no tocan los timbres?

De los cuatro hombres, era Sherlock Holmes quien aparentaba más serenidad. El parecía tener el secreto de aquel lamentable fallo, que podía poner en peligro, en un momento dado, no pocas de las joyas artísticas encerradas en el Museo Real.

—Se lo diré yo —respondió imperturbable el detective—. Porque su sistema complicado no sirve para nada. Todo depende de tres hilos, colocados detrás de aquella cortina de bordado chino.

—¿Quién le ha dicho a usted que se hallaban allí?

—Usted mismo —contestó Holmes—. Usted declaró que los hilos no estaban a la vista. El único espacio de pared en esta habitación que está tapado se halla detrás del bordado. Mientras recogíamos lo que con expresa mala fortuna he hecho caer de la mesita, he desconectado los hilos para demostrarle lo facilísimo que sería para alguien menos ingenioso o decidido que Giles Conover hacer lo mismo. Ahora, ¿quieren ustedes hacerme caso de cuanto les digo que deben encerrar la perla Borgia en las bóvedas más profundas y más oscuras de toda Inglaterra?

NUEVA DESAPARICION DE LA FAMOSA PERLA

Mientras se desarrollaba la anterior escena en el despacho del director, un hombre —Giles Conover, encargado de la limpieza del museo— se había dirigido hacia la mampara donde se hallaba la perla y, rompiendo de un golpe el cristal, se apoderó de ella, para saltar luego por una de las ventanas que daban a la calle.

—¡Socorro, al ladrón, al ladrón! —gritó uno de los guardias, al darse cuenta de la maniobra.

Todos salieron en su busca. Entonces aparecieron en la sala el director, Sherlock Holmes y el doctor Watson, acompañados siempre del inspector Lestrade. Uno de los guardias se explicó. La joya había sido robada. Un empleado del museo había salido por la ventana. Bates, otro funcionario, había salido en su busca y captura.

—No lo entiendo —concluyó el guardia—. Los timbres no han tocado. Las persianas no han bajado.

—No, los hilos estaban desconectados —respondió indignado el director—, y eso gracias al señor Sherlock Holmes. —Y dirigiéndose al detective, continuó—: La nación, agradecida, le debe

a usted un monumento. Nos ha demostrado su perspicacia del mejor modo posible.

—Pero, cómo iba él a saber que alguien... —insinuó el doctor Watson para favorecer a su amigo.

—¿Cómo? —replicó Sherlock Holmes, sin perder su sangre fría—. Es elemental, querido Watson. Por su razonamiento deductivo.

—Razonamiento deductivo... —murmuró, irónico, el señor Digby—. Regalando la perla Borgia como si fuese una libra de té...

—No una libra, ni de té —corrigió Sherlock Holmes—. Cincuenta mil libras.

En aquel instante, uno de los guardias del museo se presentó ante el director con un hombre detenido; era Giles Conover.

Giles y Sherlock Holmes se reconocieron en seguida. Una recíproca mirada de odio se cruzó entre los dos. ¿Quién podría más? Uno y otro eran audaces e inteligentes. La partida estaba iniciada. Era preciso medirse las fuerzas y asistir a un torneo implacable, en el que había de salir un vencedor y un vencido. Cara a cara se enfrentaban los rivales irreductibles y tenaces.

—¿Cómo está usted, señor Holmes? —exclamó el detenido.

—No comprendo nada —dijo, a su vez, el director—. Es un obrero del museo, que hace ya mucho tiempo que se encuentra trabajando con nosotros. Por cierto que vino muy bien recomendado. Cada empleado de este museo se le investiga escrupulosamente.

—No lo dudo, querido señor Digby, pero no olvide que Conover es un hombre de infinitos recursos y precauciones.

—Muchas gracias, señor Holmes —respondió irónicamente el interesado.

—Había una pequeña posibilidad —continuó Holmes dirigiéndose a Conover— de que su cómplice, la señorita Naomi Drake, no pudiera escapar con la perla en el barco de Ostende a Dover. Y esta posibilidad era mi intervención.

Conover simuló no comprender nada de lo que Mr. Holmes

estaba diciendo. El había entrado en el Museo con una excelente recomendación y el director nunca hubiera podido sospechar que había contratado a un famoso y temible delincuente. Convenía a Conover continuar su hipócrita ficción ante Mr. Digby.

—¿Con una perla? Pero, ¿qué perla, señor Holmes?

—Registre bien a Giles Conover—rogó Sherlock Holmes al inspector.

Lestrade se dispuso a registrar a Conover. Pero el guardia Bates ya lo había hecho anteriormente, sin hallar nada encima del sospechoso funcionario.

—No la tiene, porque de ser así no hubiese permitido que Bates le detuviera. Dígame, Bates: ¿mientras corría se paró, encontró a alguien?

—Sí, señor Holmes. Al dar la vuelta por una esquina tropezó con una mujer. Pero no hubo tiempo de verla.

—Bien, bien, así perdió usted su perla —comentó el inspector Lestrade—. La mujer es una cómplice. La misma chica del barco, sin duda.

Holmes no se dejó intimidar por las palabras y la sonrisa irónica del inspector, y replicó vivamente pero sin alterarse demasiado, pues nunca había sido ésta su tónica temperamental.

—Posiblemente, Lestrade. ¿De todas maneras, puedo yo sugerirle a usted que detenga a Giles Conover?

—Vamos, señor Holmes —respondió el interesado—. Aceptar un empleo en el museo no creo que sea ningún crimen, ni es crimen correr cuando le persiguen a uno. ¿Por qué me detienen?

Conover pretendía hacer creer que un desconocido había entrado subrepticamente en el Museo, y aprovechando un momento de descuido, o sabedor de que los aparatos de alarma no funcionaban, se había apoderado de la perla Borgia, y que entonces él, como buen empleado del Museo, había intentado darle alcance, pero era perseguido por el delincuente, armado de una enorme pistola. Esa explicación convencería tal vez al ingenuo Mr. Digby, al bueno del doctor Watson e incluso al inspector Lestrade, poco malicioso en realidad, aunque quisiera parecerlo tanto. Pero sí había

entre los cuatro hombres uno a quien esta explicación no podía satisfacer, y menos viniendo de un sujeto cuyo rostro no ofrecía confusión posible, éste era Sherlock Holmes. Evidentemente, por el momento no disponía de una prueba concreta y avasalladora, y ello hacía un poco difícil ordenar su detención en un país como Inglaterra, en que existe la ley del «habeas corpus», que impide que un ciudadano pueda permanecer detenido sin causa justificada. Pero, ¿cómo soltar libremente a Conover, sobre quien, según Holmes, pesaban por lo menos unos indicios de culpabilidad o unos motivos de sospecha? Cabía una solución: acusarle de haber roto el cristal de una ventana. Por este hecho evidente, innegable, Conover podía ser perseguido. Y eso fué lo que Holmes quiso aprovechar para que Lestrade no dejara en libertad, en aquel mismo instante, al pérfido y astuto aventurero.

—Ha roto usted una ventana, Conover. Acompáñele, guardia. Holmes preguntó a Lestrade por cuánto tiempo podían guardar detenido a Conover, a lo que el inspector respondió que dos días. El guardia se llevó detenido al presunto culpable del robo.

Pero lo que interesaba al director del museo no era que Conover fuese prendido, sino que la perla Borgia apareciese de nuevo, y así se lo comunicó a Holmes.

El detective tranquilizó a Mr. Digby. Aunque apareciese indiferente y abstraído, Holmes era hombre de graves preocupaciones, que no soltaba fácilmente las prendas ni dejaba de asirse a las más remotas probabilidades. Su actitud no era esta vez —ni en ninguna otra ocasión parecida— sinónima de desinterés; en aquel momento empezaría la verdadera lucha contra un enemigo que, si por algunos aparecía todavía oscuro, para Holmes se iba perfilando netamente: el propio Giles Conover con su banda. Tan persuadido estaba de que éste era el inductor principal del robo que perpetrara Naomi, que cuando cogió del interior de la máquina fotográfica la joya robada y colocó en su lugar un papelito, éste fué dirigido a Conover. Y puesto en el camino de la descubierta del intrigante robo, Holmes no quería abandonarlo, antes al contrario, seguirlo hasta el fin, para que la joya pudiese volver al Mu-

soo, y para que los autores de su sustracción fuesen habidos y castigados por la justicia. Y para que tanto Mr. Digby como el inspector Lestrade como el doctor Watson conocieran su decisión, irrevocable como todas las suyas, Holmes exclamó:

—Es precisamente lo que voy a conseguir. Una de dos cosas ha sucedido: o bien la mujer con quien Conover tropezó en la calle es una cómplice, en cuyo caso tiene ella la perla, o bien Conover consiguió esconderla mientras huía. Si ha tenido que dejar la perla en algún escondite improvisado, no descansará hasta que sus compañeros la tengan segura en sus manos. Conover tratará de enviarnos algún mensaje, y para que así suceda debemos darle todas las oportunidades. ¿Por ejemplo, puedo sugerir, Lestrade, que se le permita le lleven la comida a la cárcel?

—Claro que sí, Holmes.

EN BUSCA DE LA PERLA

En efecto, la policía permitió que llevaran a Conover la comida desde fuera. Una vez hubo terminado su primera cena en la cárcel, el inspector Lestrade se dispuso a examinar detenidamente los platos y los cubiertos de que el apresado se había servido. El sargento que llevó esos utensilios al inspector apostó diez contra uno a que había algún papel escrito por Conover, ya que éste le había pedido prestado un lápiz y le prometió una libra a cambio de no decir nada.

Lestrade no quiso aceptar la apuesta que el sargento le proponía, porque él compartía la misma presunción. Por algo él estaba allí: para desarticular cualquier estratagema que pudiese intentar llevar a cabo el detenido.

Lestrade examinó pieza por pieza. No había nada escrito en ninguna parte. Pero cuando le tocó el turno a la tetera, el líquido que quedaba en el fondo no se vertía. Ya habían descubierto el truco: el papel se encontraba allí obstruyendo el paso del té. En efecto, así era. Pero cuando Lestrade leyó el papel no tuvo valor de comunicar su contenido al sargento, porque Conover había es-

crito simplemente: «Es usted idiota, señor Lestrade.» Malhumorado, Lestrade ordenó al sargento que llevara todo aquello a la cocina y que, una vez limpiado, fuese devuelto al restaurant. Pero aun cuando el truco había fallado, y sus ilusiones de verse ascendido en el escalafón quedaran malogradas, Lestrade, en el fondo, se sentía satisfecho al ver que también Sherlock Holmes, el astuto detective, había fallado en sus predicciones.

El sargento llevó platos, cucharas y tetera a la cocina. Una mujer cuidaba de limpiar los platos. Tras el vestido sucio y viejo que llevaba se adivinaba una mujer de mundo. Pero nadie se había dado cuenta de ello, y menos todavía el propietario del restaurant que la contrató para aquel menester. Fácil es de adivinar que la fregonera no era otra que Naomi Drake, la cómplice de Conover.

Mientras Naomi lavaba los platos y se fijaba detenidamente en algo que aparecía escrito en uno de ellos, apareció el propietario del restaurant, quien, al verla con el trabajo interrumpido, le gritó:

—¿Quieres darte prisa? ¿Por qué estás mirando así el plato?

Naomi, impetuosa como era, replicó vivamente:

—¡Nada de mirar el plato, lo estoy lavando!

—Pues yo no te pago para que te duermas de pie, ¿entiendes?

Esa reacción del propietario del restaurant era precisamente lo que interesaba a Naomi, para tomarla como pretexto para abandonar la casa. En aquel momento ya tenía lo que en verdad le interesaba, es decir, la consigna que Giles Conover le dió subrepticamente a través del plato. En tales condiciones ya podía marcharse de allí. Y Naomi simuló un enfado que no sentía, pues en su intimidad estaba muy satisfecha de la marcha de los acontecimientos, y exclamó con un gesto de fingida indignación:

—¿Conque no, eh, viejo saco de grasa? Ves a lavar tú tus platos sucios.

Y tirando al suelo el plato que acababa de lavar y en el que

habían aparecido unas letras escritas, la muchacha se lavó brevemente las manos y se dispuso a marcharse, ante lo cual el propietario del restaurant no pudo hacer menos que exclamar:

—Oye, no puedes hacer eso.

A lo que ella replicó irónicamente:

—Hace buen día, ¿verdad?

Y se marchó.

Entretanto, en su despacho de la calle Baker, Sherlock Holmes estaba tocando tranquilamente el violín. Mientras ejecutaba una de sus canciones favoritas, penetró en la habitación el doctor Watson, quien, admirado de la serenidad que, a pesar de todo, ofrecía su amigo, exclamó:

—Me vuelves loco, Holmes. Aquí te encuentro tocando el violín como si no tuvieras ninguna preocupación y mientras arrastran tu nombre por el suelo.

Sherlock Holmes no era hombre que se inmutara y a quien impresionaran las noticias más desagradables. Si a Watson le indignaba sinceramente el proceder de ciertos de gentes y el lenguaje de ciertos periódicos en relación con la labor de su entrañable amigo Holmes, a éste todo ello le tenía completamente sin cuidado, y exclamó con manifiesta y sincera tranquilidad de ánimo:

—Mi querido Watson, hazme caso cuando te diga que no debes hacer caso de lo que digan ciertos periódicos, y mucho menos golpear como sé que hiciste a un periodista que se metía conmigo.

—Pero lo merecía. ¿Cómo sabes que di una bofetada a un reportero?

—Observación, amigo mío. Entrás con dos copias del diario de hoy. No lo haces nunca, si no hay un artículo que quieras recortar para tu archivo. Hablas de mi nombre por el suelo. Luego, es evidente que he sido objeto de un ataque difamatorio con referencia al asunto de la perla Borgia.

—Es cierto, el articulista insinúa que te has ganado una buena cantidad, es decir, que hay alguna relación amistosa, tenebro-

sa, entre tú y Conover. ¿Qué querías que yo, tu amigo, hiciese con ese periodista?

La actitud franca, noble, leal, desinteresada de Watson, llenó de satisfacción legítima a Sherlock Holmes, quien exclamó:

—Lo que has hecho, Watson.

Watson estaba verdaderamente asombrado y admirado al darse cuenta de la lógica de su amigo, y de la perspicacia que iba mostrando ante las cosas más absurdas e inexplicables.

—Pero, ¿cómo lo sabías tú?

Holmes proseguía con su argumentación irrefutable, por lo que él llamaba su «razonamiento deductivo», algo que no podía fallar y que no fallaba y que le permitía llegar a las mejores conclusiones a través de unas constataciones de rara evidencia.

—Sencillamente, porque entras como un huracán riñéndome como una madre que pega a su hijo después de salvarle de las ruedas de un coche. Un impulso muy humano, Watson, y que demuestra que has estado rompiendo lanzas por mí.

—¿Qué deducción tan asombrosa!

—No tanto, cuando tomas en consideración que tienes la piel rasguñada en los dos primeros nudillos de tu mano derecha. ¡Simpático Watson, apoyando siempre al amigo que desacreditan!...

Watson, tan amigo leal como hombre lleno de modestia, se excusó ante el cariñoso elogio de su amigo, y no quiso dar ninguna importancia a lo que por él y en su defensa acababa de hacer.

—Qué tonterías. Nos hemos encontrado en peores situaciones que ésta.

—Temo que no muchas —respondió gravemente Holmes—. Pero dejemos eso y comamos un poco. Vamos a ver; ¿qué hay aquí? ¡Merluza!

—¡Merluza! Espléndido. Tengo tanta gana como una abeja en una flor.

Cuando se disponían a sentarse en la mesa entró Lestrade en la habitación. El inspector había ido al domicilio de Holmes para

decirle que no pudiendo retener por más tiempo a Giles Conover, le habían puesto en libertad. Dicho esto, Lestrade se dispuso a marchar.

—Va a resolver usted algún crimen misterioso, ¿no? —preguntóle Holmes.

—Así pueden llamarlo ustedes, pero para mí no es más que un asesinato vulgar.

DOS ASESINATOS IDENTICOS

¿Qué había pasado? Un militar retirado, Horace Harker, había sido hallado muerto en su casa, con la espina dorsal partida y rodeado de trozos de porcelana rota. Así se lo contó escuetamente Lestrade a Sherlock Holmes y al doctor Watson. Pero lo que al inspector se le antojaba un crimen vulgar, cuyo móvil podía ser el robo, a Sherlock Holmes le pareció un asesinato que bien podía guardar alguna relación con el robo de la perla Borgia. Al oír lo que Lestrade había contado, el detective exclamó, dirigiéndose al doctor Watson:

—¡Por fin ha llegado lo que estábamos esperando, Watson!

—Oh, no se excite —intervino Lestrade—. Tranquilícese. Aquí no hay ningún misterio. El comandante Harker se habrá caído mientras luchaba con el criminal, eso es todo.

—Nada de eso, Lestrade.

Y actuando con ligeroza, se levantó de la mesa, rogó a Watson que se pusiera el abrigo y le siguiese. No había tiempo que perder. Se trataba —según Holmes— de averiguar lo sucedido, que podía darles una pista con referencia al robo de la joya. Watson, escéptico respecto al resultado de la encuesta, obedeció aunque

malhumorado, porque allí, en el plato, quedaba una merluza suculentísima que ni siquiera había probado.

Unos momentos después los tres hombres se encontraban en el despacho del comandante Horace Harker. Este se hallaba en medio de la habitación, rodeado de trozos de porcelana. La policía estaba allí, custodiando la casa para evitar que nadie tocara nada. Una mujer, el ama de llaves del militar asesinado, se hallaba de pie, como una estatua, con los ojos inmensamente abiertos, aterrada por lo que acababa de descubrir. Al ir a quitar la mesa en la que el comandante había comido, encontró el cadáver. Examinado el cadáver por el doctor Watson, se comprobó que la rotura era lumbar.

La primera reacción de Lestrade fué la de proceder a la detención del ama de llaves, pero Sherlock Holmes —que ya vislumbraba lo acontecido— se lo impidió. Aquella mujer había tenido un gran susto, casi catalepsia. Era necesario llevarla al hospital para que se repusiera de la fuerte impresión sufrida.

Cuando uno de los policías lo hubo hecho, Sherlock Holmes y Watson se dispusieron a examinar los objetos de la habitación. Entre ellos había un gran cuadro en el que se reproducía la figura de Napoleón en la batalla de Waterloo. No lejos de allí otra estampa napoleónica. Eso no dejó de llamar la atención a los dos hombres. Podía ser un dato inapreciable. Pero, por el momento, era preciso reconstruir mentalmente la escena dramática que se había producido en aquel despacho.

Lestrade opinaba que el intruso había entrado por una de las ventanas. Una vez en el despacho se acercó de puntillas a su víctima. Harker se levantó. Lucharon, fueron dando vueltas por la habitación, tropezaron con la mesa, los platos volaron por todos los lados, Harker se cayó y se rompió la espalda. Sencillo, sumamente sencillo. Así le pareció al inspector.

—Tan sencillo —exclamó Holmes— que me parece infantil. A ver, Lestrade: ¿sirvió usted explicarme cómo los platos que estaban en esa mesa pudieron haber caído al suelo durante la lucha... ¿Y ese jarro de leche de plata que ha quedado intacto



— Esta es la perla Borgia — dijo Sherlock al inspector Lestrade.



Con la joya en la mano, el doctor Watson reflexionaba sobre las deducciones de Holmes.



El director del Museo colocó la joya en su manopara de cristal.



— ¿No decía usted que funcionaba siempre el mecanismo de seguridad?



— ¡Aquí no hay nada!



Todos los visitantes del Museo contemplaron la ventana por donde había salido el ladrón.



— Ustedes no pueden detenerme — replicó cínicamente Giles Conover.



— Por este rasguño veo que has estado defendiéndome.



— ¿Dónde está el busto de Napoleón? — gritó amenazador Giles Conover.



Una noche fue hallado el cadáver del comandante Kacker, rodeado de porcelana rota.



Pocos días más tarde aparecía otro cadáver, rodeado también de porcelana rota.



El asesinado era un admirador de Napoleón.



«Pero el «doctor» era,
en realidad, el mismo
Sherlock Holmes.



— ¡Pues yo no lavo más
platos! — gritó Naomi.



Asesinado Conover, el Reptil se dispuso a matar al detective.



Watson y Sherlock contemplan cómo Naomi intenta fugarse por la escalera.

dónde estaba? ¿Y esos cuchillos y esos tenedores que están en perfecto orden?

A decir verdad, el inspector no supo qué responder a la desconcertante pero lógica pregunta del detective, y optó por salir discretamente por la tangente.

—Pues, señor Holmes, si habla usted de la psicología de los cuchillos, los tenedores y los jarros, le pido perdón, porque yo no estiendo nada.

—No, Lestrade, yo trato de justificar esta porcelana rota. Esto es lo más notable del caso, créalo o no: ¿Por qué se rompió esa porcelana y no se tocó nada más? ¿Por qué?

—Sí, y ¿cómo se rompió la espina dorsal? Un hombre no cae sencillamente y se rompe la espalda de una manera tan sencilla, ¿sabe? —Intervino el doctor Watson.

—Tienes razón, Watson. Se indica el uso de una fuerza externa. No cabe duda. La espalda del mayor Harker se rompió deliberadamente.

—Supongo —intervino irónicamente Lestrade— que va a decirnos exactamente quién lo hizo.

Si Holmes no se arredraba ante las audacias de los criminales, menos se arredraría todavía ante la sonrisa socarrona y escéptica del inspector. Y, seguro de sí mismo y de cuanto decía, exclamó en un tono que daba lugar a ninguna duda:

—Sí creo saberlo. Sólo he conocido a un asesino que usaba este método.

En efecto, hubo un hombre que realizaba así sus crímenes: se trataba del «Reptil de Hoxton», un monstruo con el pecho de un búfalo y los brazos de un gorila. Su método particular era el de asesinar por la espalda, rompiendo, siempre, la tercera vértebra lumbar. Esa era la vértebra que aparecía rota en el cadáver del comandante Harker.

En la opinión de Sherlock Holmes aquel monstruo vivía todavía; le cogieron dos años antes cuando trataba de escaparse de la isla del Diablo. Lestrade lo dudaba, pero Sherlock Holmes le apostó a que estaba en Londres en aquel momento. Iba a enta-

blarse una discusión, pero Holmes le atajó porque quería continuar sus investigaciones a fondo, y suplicó a Lestrade que le permitiera llevarse a su domicilio los trozos de porcelana rota.

—¿Para qué la quiere, Holmes?

—¿Para qué iba a quererla, sino para continuar sus investigaciones? Pero no valía la pena de continuar una discusión que iba a ser tan absurda como las que originaba el inspector, y prefirió cortarla con unas simples palabras, cuya ironía Lestrade no supo captar:

—Como recuerdo.

Y los tres hombres dejaron el domicilio del malogrado comandante Harker.

Al día siguiente, el doctor Watson recortaba un periódico en el que se leían estas palabras: «Debido principalmente a la brillante labor del inspector Lestrade ha sido descubierto un crimen, Ama de llaves detenida.»

—Vaya, vaya —exclamó el buen doctor—. Si Lestrade no es capaz de descubrir las rayas de una cebra. Y han arrestado al ama de llaves. ¿Cómo podría una mujer tan pequeña y débil romper la espalda de un hombre? Lestrade es un idiota.

Mientras Watson seguía recortando notas y artículos de los periódicos para incorporarlos cuidadosamente a su archivo, entró la señora Hudson, portera de la casa, para anunciar al doctor la visita de un caballero.

Era un hombre de unos setenta años, con aspecto bondadoso y rostro que movía al respeto y aun a la confidencia.

—Doctor Watson, ¿verdad? ¿Está el señor Holmes? —dijo a guisa de introducción.

—Siento que el señor Holmes haya salido, señor. Vendrá en seguida. ¿No quiere usted esperarle?.

—Gracias, esperaré.

Tras una breve pausa, Watson ofreció un cigarrillo al visitante. Pero aquel caballero no fumaba cigarrillos y sacó un cigarro de su bolsillo para fumarlo allí mismo.

—No debería fumar —exclamó—. Mi salud nunca ha sido

la misma desde aquel suceso tan horroroso del castillo de Farnsworth.

—¿El castillo de Farnsworth? ¿El caso Farnsworth? Creía haberle conocido —Watson quería dárselas de listo, de hombre perspicaz, sagaz, como su amigo Holmes.

—Le diré quién usted...

—¿De verdad? —respondió, intrigado, el visitante.

—Sí, una deducción muy sencilla. Los hombros inclinados del que estudia mucho, el rostro franco del eclesiástico... Tiene que ser el hermano de lord Farnsworth, el arcediano Farnsworth.

—No, señor, no soy ningún arcediano.

—Entonces, el hombre quien encontró el cadáver en la bañera...

—No, fué el mayordomo quien halló el cadáver, y estaba en el armario.

—Sí, estrangulado, ¿verdad?

—No, muerto por una bala.

Evidentemente, Watson no estaba afortunado. No acertaba ni una.

—Yo soy el tío de lord Farnsworth —aclaró finalmente el caballero—. Me llamo Theophilus Kirby, el tío y biógrafo del lord.

—Pues claro que sí, le recuerdo a usted muy bien. Sherlock Holmes se alegrará mucho verle. Pero puede que venga un poco tarde. A propósito, puesto que él no se halla aquí, hay algo que puedo hacer por usted. La misma instrucción que Holmes la he heredado yo... puramente un razonamiento deductivo. Vamos a ver; me parece que se encuentra usted en un apuro.

Tampoco esta vez acertaba el buen doctor Watson. Aquel caballero le confesaba que nunca había estado tan contento.

—He estado buscando —dijo— una pequeña muestra de gratitud para ofrecer a Mr. Sherlock Holmes, y por fin creo haber encontrado algo que él apreciará. Se trata del gran diccionario del doctor Johnson, un folio antiguo.

—¡Magnífico! ¡El diccionario del doctor Johnson! Estoy se-

guro que le causará mucha alegría. Es muy amable. También yo soy coleccionista de libros.

Watson se disponía a abrir el libro, pero, al verlo, el visitante le atajó:

—No, por favor, no lo haga. He escrito una pequeña dedicatoria. Puede que sea un poco efusiva, pero viene directamente de mi corazón. Además, es un poco privado.

—Claro, claro, ya comprendo. Un poco privado. Y usted quiere que sea él el primero en leerlo.

El visitante parecía estar muy satisfecho:

—Así es. Es usted muy comprensivo. Muchas gracias. Ahora tengo que marcharme. No puedo esperar más.

—Pues no se preocupe, señor. Le doy mi palabra que el señor Holmes será el primero en leer el libro.

—Eso me hace muy feliz, doctor Watson. Siento no poder quedarme. Adiós, señor, adiós.

El doctor Theophilus Kirby se marchó. El doctor Watson estuvo tentado de abrir el libro destinado a su amigo Holmes.

—Nada menos que un folio de 1757. Muy antiguo. Debe valer dinero.

Cuando se disponía a abrirlo, llamaron al teléfono. Watson se sintió contrariado. ¿Quién sería esta vez? Se puso al aparato.

—¿Qué dice usted? ¿Señora Penniweather? Aquí no hay ninguna señora Penniweather. Yo soy el doctor Watson. Se equivoca de número.

Descolgado el auricular y dispuesto Watson a examinar el libro, entró la señora Hudson, la portera, que llevaba el té.

—Le he traído el té, señor, y cuando vuelva el señor Holmes procure que coma algo, se lo ruego.

—Desde luego, con mucho gusto. Pero me cuesta tanto hacerle comer.

Ya estaba visto. Su curiosidad no podría ser satisfecha. El teléfono con la llamada de un inoportuno, luego la señora Hudson, le impedían de conocer el contenido de la dedicatoria que el profesor Kirby ofrecía a su entrañable y admirado amigo Holmes. Este

no tardaría, sin duda, en llegar. Menos mal. El doctor Watson no tardaría en conocer el texto de la dedicatoria. El propio detective se lo diría, si no era algo tan íntimo y tan reservado, como con falsa modestia había insinuado el señor Kirby.

En aquel instante entró Holmes. La señora Hudson, amable y bondadosa, le formuló las mismas cariñosas y bien intencionadas advertencias.

—No deje de beberlo, señor Holmes.

La puerta se cerró tras la sonriente y afable señora.

—Hola —exclamó Watson— ¡ástima que llegues tan tarde. Un viejo ha estado aquí para verte. Pero no ha podido esperarte.

—¿Un viejo, dices? ¿Quién era?

—Theophilus Kirby. El tío de lord Farnsworth. ¿Te acuerdas del caso Farnsworth?

—Sí, sin duda, me acuerdo. Y recuerdo igualmente a Theophilus Kirby. Siempre estudiando, y como todos los sabios, pobre como las ratas. ¿Qué quería?

—Te ha traído un obsequio. El primer tomo del diccionario del doctor Johnson. Debe valer mucho dinero. Ha escrito una cariñosa dedicatoria para demostrar su gratitud. Bendito sea.

—¡Cuánta amabilidad!

—¿No quieres ver el libro?

—Vamos a ver lo que ha escrito el buen hombre. La gratitud es una cualidad muy escasa en estos días.

Pero Holmes advirtió en el cenicero la ceniza de un cigarro puro, lo que le llamó la atención, pues en aquellas horas Watson no los fumaba, y Theophilus Kirby tampoco era fumador.

—Oye, Watson, ¿has estado fumando un cigarro?

—Yo, no. Ese tipo viejo fumaba uno.

—¿Dices que lo fumaba él? ¡Si Kirby no era fumador! Y aunque lo fuera, no fumaría un Bolívar, tamaño grande, importado de la Habana especialmente para los buenos conocedores.

Otra vez los famosos razonamientos deductivos del detective eran puestos en juego. Watson ya no se limitaba a escucharlos y a admirar, casi con veneración a su amigo, sino que quería colabo-

rar con él en su brillante misión investigadora. Con esta ilusión y esta esperanza, le dijo:

—Pues si tienes alguna referencia dudosa acerca de él, hay muchos ejemplos de su letra en aquella estantería, que puedes contrarrestar con la de la dedicatoria. Compáralo...

Y Watson se dispuso a abrir el libro. Pero Holmes le atajó rápidamente:

—No toques ese libro. Lo siento, Watson, pero creo que no me equivoco al decir que has estado distrayendo al señor Giles Conover.

—¿Qué dices?

—Apártate del libro.

Sherlock Holmes cogió un bastón y, tomando todas las precauciones, con la punta del mismo abrió la cubierta del libro. Este quedó abierto, y salió disparado como una flecha un puñal que iba movido por un resorte. El puñal quedó clavado en el techo. Los dos quedaron horrorizados.

—¡Dios mío! —exclamó el bueno de Watson—. Era destinado para ti.

—El sabio Kirby es un hombre muy complaciente. Pero he acertado en mis predicciones. Conover ha estado aquí, convertido en sabio. Pero eso me ha dado una luz. Conover nunca tomaría toda esta molestia para eliminarme si no estuviese en su camino. Desde luego lo estoy, porque todavía no ha encontrado la perla Borgia. Y mientras no la haya...

No pudo terminar la frase. En aquel momento el inspector Lestrade le llamó al teléfono para comunicarle que una viejecita había sido asesinada y presentaba las mismas características que el asesinato del comandante Harker: la espalda rota y el cadáver tumbado entre un montón de porcelana hecha pedazos.

Sherlock Holmes y su inseparable amigo doctor Watson acudieron rápidamente al domicilio de la señora Carey. Allí estaba la hermana de la víctima, acompañada del inspector Lestrade y de otros agentes de policía. La señorita Carey lloraba amarga-

mente. Cuando entró en el domicilio de su hermana, la encontró tumbada en el suelo, exánime, rodeado de porcelana rota.

—¿Vive usted aquí, señorita? —le preguntó Holmes.

—No, señor. Enseño la Historia en una escuela de Cardiff. Regresé aquí para pasar las vacaciones. Calculen ustedes cuál ha sido mi sorpresa al encontrar a mi hermana muerta. Pero... ¿qué hacen ustedes así? ¿Por qué no buscan ustedes al bruto que ha cometido ese crimen tan horroroso?

—No se preocupe, señora. No perderemos el tiempo. Y usted cálmese. Necesita un sedativo. Teléfonoen a una enfermera.

Y Holmes repuso:

—La espina dorsal rota. Partida en dos. Los mismo que en el caso del mayor Harker. Y otra vez encontramos el cadáver entre un montón de porcelana rota. ¿Cuál es su opinión, señor Lestrade?

—Coincidencia diría yo.

Holmes, muchísimo más inteligente que Lestrade, no podía opinar igual. En efecto, la analogía de los dos crímenes aparecía evidente, y uno y otro se hallaban íntimamente ligados, a pesar de que la personalidad de las personas asesinadas fuese tan distinta. Allí había algo más —mucho más— que la simple coincidencia que en ello veía el inspector Lestrade. Por eso, Holmes no pudo menos que decir:

—¿Usted cree? Es curioso, ¿verdad Lestrade? Dos asesinatos ocurridos en dos puntos opuestos de Londres, dos personas que es inconcebible creer que puedan tener algo de común, y las dos con la espalda rota y porcelana esparcida alrededor de los cadáveres.

Pero Lestrade no se daba por vencido y suponía que había habido lucha entre asesino y asesinado.

—¿Lucha? —replicó vivamente el detective—. ¿Incluyendo los platos que están colgados en la pared? Una señora, aunque se vuelva loca, puede hacer muchas cosas, pero no correr por las paredes como un ratón. No, Lestrade. Esos platos fueron quitados y rotos deliberadamente, y eso se hizo después del asesi-

nato y no antes. Esa es una verdad muy fácil de comprobar. Si levanta usted el cadáver, observará lo mismo que con el del comandante Harker: debajo de él no hay ningún vestigio de porcelana rota.

Sherlock Holmes rogó al policía Bobby que le ayudara a levantar el cadáver. En efecto, quedaba probada que la porcelana había sido rota después de tirar el cadáver al suelo. ¿Por qué lo había hecho el criminal? El punto de vista de Lestrade era muy simple: a su juicio el criminal era un monomaniaco que, después de cada crimen que cometía, era presa de una furia bestial y rompía todo cuanto veía a su alcance. Pero Sherlock Holmes no compartía esa opinión.

—Pero, ¿por qué solamente un bric-a-brac y nada más? ¿Por qué un asesino que tiene bastante fuerza para romper la espalda del mayor Harker, hombre forzado, ha de desahogarse rompiendo tacitas y platitos, cuando con la misma facilidad podría romper una silla o hacer pedrazos una mesa grande? No, Lestrade. En estos dos casos, el criminal sigue una pauta que tiene un objetivo determinado y concreto.

Sin querer prolongar la discusión, que podía ser interminable, dada la terquedad de uno y otro, Sherlock Holmes rogó a Lestrade que hiciera el favor de recogerle los trozos de porcelana rotos y mandárselos a su domicilio de Baker Street. Lestrade consideró dudosa la utilidad de esta medida, pues el criminal se habría guardado de dejar huellas digitales.

—Puede que no tenga utilidad, vaya usted a saber —comentó Sherlock Holmes fingiendo un escepticismo que en realidad no sentía—, pero porcelana rota es la única cosa que los dos asesinatos tienen de común. Hemos de descubrir el misterio y hacerlo rápidamente. ¿No se da cuenta usted todavía, querido Lestrade, que un monstruo se halla vagando por esta ciudad con el propósito de destruir? No sabemos por qué y no sabemos por dónde aparecerá, pero hay que estar alerta, porque es posible que surja de nuevo en algún otro sitio.

Mientras se desarrollaba esta conversación en el domicilio de

la malograda señora Carey, era cometido un tercer crimen. El señor Sanderford, que se hallaba ya en la cama, sintió el aullar de un gato y saltó intrigado hacia sus habitaciones del piso bajo. Cuando llegó a la biblioteca, sintió oprimida su garganta por una mano forzada, que le dejó exánime. Extendido el cadáver en medio del salón, otra mano arrojó a su alrededor varias piezas de porcelana. Las características del tercer crimen eran idénticas a los otros dos.

No cabía ninguna duda: Sherlock Homes estaba en lo cierto, en contra del parecer de Lestrade. La mano criminal que segó la vida del comandante Harker y de la apacible señora Carey, era la misma que terminaba aquella noche con la del señor Sanderford.

EL MISTERIO DE LA PORCELANA ROTA

En su casa de Baker Street, Sherlock Holmes comentaba con su fiel amigo Watson lo que había ocurrido en pocas horas en la ciudad de Londres. Los periódicos —cuidadosamente recortados por Watson— coincidían en decir que el asesino de la señora Carey y de los señores Harker y Sanderford era un maniático, a lo que Sherlock Holmes oponía su tesis, más ajustada ciertamente a la realidad: la de que el criminal era Giles Conover.

—¿Entonces tú crees, Holmes, que esa porcelana rota es para despistar, con objeto de que aparezca como la acción de un maniático?

—Al contrario, querido Watson, la porcelana rota demuestra un propósito, manifiesta un motivo. El criminal no quiere hacerse pasar por un maniático. El no rompe la porcelana por puro capricho, sino que ello obedece a una necesidad suya. Se ve obligado a romperla.

—Pero, ¿para qué?

—Sin duda para ocultar otra cosa que fué rota, algún objeto que no podemos precisar todavía pero que desde luego existe... Reflexionemos, Watson. Porcelana, yeso; yeso, porcelana... Lo

mayor oculta lo menor... Ya está, Watson, ya está. La porcelana fué rota para tapar el yeso.

—Es curiosa tu opinión, y empieza a parecerme de una lógica aplastante —comentó Watson.

Se hizo una pausa. Watson estaba ocupado en poner en orden los trozos de porcelana encontrados en los domicilios de las tres víctimas. De pronto el doctor quedó sorprendido: entre la porcelana esparcida por su mesa había un trozo en el que se veía claramente un sombrero de tres picos, un sombrero militar perteneciente a fines del siglo XVIII. Otro trozo, correspondiente a los que fueron recogidos en la segunda casa del crimen, mostraba una espalda con un trozo de pecho en el que aparecía una medalla. Hubiérase dicho que los trozos hallados en una y otra casa correspondían a un mismo busto.

Ante la exclamación de Watson, Holmes corrió a comprobarlo. En efecto, los fragmentos de porcelana que fueron hallados en las tres casas, y que con manifiesta clarividencia, Holmes había ordenado recoger y examinar, pertenecían a un mismo busto. Sin perder la serenidad ni la sangre fría habituales en él, Sherlock Holmes unió los fragmentos esparcidos y consiguió reconstruir un busto de Napoleón Bonaparte.

—Ya te dije, Watson —exclamó satisfecho el detective—, que la porcelana fué rota deliberadamente, y después de cometido el crimen, para ocultar alguna otra cosa que interesa mucho al asesino.

—Pero, ¿por qué romper precisamente una estatua de Napoleón?

—Piénsalo bien, Watson. Algo ha sido colocado en uno de los bustos de Napoleón, algo que Giles Conover está buscando tenazmente y que por ahora no encuentra.

—No querrás decir...

—Lo has insinuado, Watson. Se trata nada menos que de la famosa perla Borgia.

—Pero—preguntó escéptico todavía el buen doctor Watson—, ¿cómo habrán metido la perla en el busto?

—Eso es lo que trataremos de averiguar. Vámonos sin pérdida de tiempo a interrogar al guardia del museo que persiguió a Giles Conover el día que fué robada la perla Borgia.

Los dos se dirigieron al museo, donde pudieron hablar con el guardia. Los tres hombres se dirigieron hacia el lugar donde días antes había sido detenido Giles Conover. Se pararon ante una tienda de escultura.

—Aquí pude alcanzar al fugitivo.

El guardia contó a Sherlock Holmes que Giles Conover se había metido en aquella casa. La puerta y las ventanas estaban cerradas, pues eran las doce y media y los trabajadores estaban comiendo en sus casas. El guardia tuvo que forzar la puerta para penetrar en el interior de la tienda, pero de repente la puerta se abrió y Giles Conover salió corriendo, pero no con tanta ligereza para que no pudiese ser alcanzado por su perseguidor.

—¿Durante cuánto tiempo perdió usted de vista a Giles Conover? —preguntó Holmes al guardia del museo.

—Diría que menos de un minuto, señor Holmes.

—¿Por qué no me lo dijo antes?

—Porque creí que no tenía ninguna importancia.

—¡Ninguna importancia!... ¡Válgame Dios! ¡Válgame Dios! Tiene una importancia extraordinaria.

La tienda en la que en su precipitada fuga Giles Conover había penetrado era un taller de escultura. Holmes comprendió lo sucedido. No había ninguna duda: unos trozos de porcelana esparcidos en torno a unos cadáveres, unos bustos de Napoleón, un taller de escultura, la irrupción de Giles en el taller... Todo iba saliendo a pedir de boca. Holmes estaba a punto de aclarar el enigma.

Sin vacilar, Holmes, Watson y el guardia se introdujeron en el taller. El escultor, Mr. Gelder, hombre de aspecto bonachón, les recibió amablemente dispuesto a atenderles en lo que quisieran, pero al ver entrar a un guardia se alarmó.

—No se preocupe, señor Gelder. No se trata de usted. Disculpemos, pero disponemos de muy poco tiempo. Créame cuando

le digo que en el asunto que nosotros tratamos de resolver hay vidas en peligro. Le suplico, pues, que quiera contestar a mis preguntas tan brevemente como usted pueda. Dígame usted, en primer lugar, si el martes pasado, a las doce y diez, se encontraban usted y sus obreros en el taller.

—Es la hora de comer, señor. Todos estábamos fuera y la puerta cerrada como de costumbre.

—¿Es cierto que en esa mesa había bustos de Napoleón que se secaban?

—En efecto, unos bustos de Napoleón Bonaparte.

—¿Cuántos, exactamente?

—Seis. Igual que estos bustos de Beethoven que usted está viendo y que también se secan. Había seis bustos de Napoleón. Seis. Ni uno más ni uno menos.

—¿Está seguro de que eran seis?

—Segurísimo.

Entonces Sherlock Holmes rogó a su amigo Watson que saliera hasta la puerta y que volviera a entrar, que fingiera estar buscando algo, que se fijara en los bustos que se secaban, que colocara una pieza de diez céntimos en el yeso todavía frágil de uno de los bustos y que volviera a salir a la calle. Watson, atónito, hizo todo cuanto Sherlock Holmes le ordenó. Gelder y sus trabajadores estaban sorprendidos y se les antojaba que aquellos hombres estaban completamente locos. Sherlock Holmes, reloj en mano, exclamó, terminada la operación:

—Watson, has invertido en la operación exactamente cincuenta y cuatro segundos, poco menos de un minuto. Bastante tiempo. Giles Conover procedió sin duda con más rapidez. Pero, claro, hay que tener en cuenta que él obró instintivamente, acosado por el guardia y por iniciativa propia, y no perdió ni un segundo, mientras que tú tenías que esperar mis órdenes sucesivas.

—Entonces, quieres decir que...

—Sí, lo que ibas tú a decir ahora: que Giles Conover colocó la perla Borgia en uno de los seis bustos de yeso húmedos de Napoleón Bonaparte.

Ni el escultor Gelder ni sus trabajadores acertaban a comprender lo que estaban diciendo aquellos hombres. De no ir los dos acompañados de un guardia, quizá les hubieran hecho prender. Más extrañeza les produjo a todos cuando Sherlock Holmes gritó:

—¡Gelder, Gelder! ¿Dónde se encuentran en la actualidad los seis bustos de Napoleón?

Gelder empezó a comprender algo:

—No es usted el primero que formula esta pregunta, idéntica y con el mismo interés.

—¿No? ¿Quién fué el otro?

—Fué una mujer.

—¿Cuándo, Gelder? ¿El miércoles, no? ¿Es decir, el día siguiente al de la captura del ladrón en la puerta de su taller?

—Sí, eso es.

—Ya está, Watson. La mujer que preguntó al señor Gelder dónde se encontraban los bustos, no era otra que Naomi Drake.

* * *

—Ignoro su nombre, señor —replicó Gelder—. Se trataba de una muchacha joven, rubia, elegante.

—Sí, sí, Naomi Drake. Y usted, Gelder, ¿qué le contestó?

—Lo mismo que le digo a usted ahora: que los seis bustos fueron entregados a una tienda dedicada a la venta de objetos de arte, propiedad de Amos Hodder, situada en la calle de Kensington.

Después de dar brevemente las gracias, Sherlock Holmes y el doctor Watson abandonaron el taller del escultor Gelder para dirigirse sin pérdida de tiempo, en un taxi, a la tienda de mister Amos Hodder. Los dos entraron como dos clientes más.

—¿Qué estatua más curiosa, verdad? —dijo Holmes fijándose en una verdadera obra de arte expuesta en la tienda.

—¿Tú crees? ¿Y por qué? —preguntó ingenuamente el doctor Watson.

—Porque lo digo yo, Watson. Haz ver que estás interesado en ella.

—En efecto, tienes razón. Se trata de un modelo muy fino, de una estatua muy curiosa.

—Siéntate en una silla —ordenó Sherlock Holmes a su amigo, en voz baja—. Y no dejes que nadie más entre o salga por la puerta.

—Cuide usted de los caballeros, señorita Bittinger —rogó el señor Hodder a su dependienta.

—Sí, señor Hodder.

Pero la dependienta aparecía visiblemente turbada. En realidad, no era otra que Naomi Drake.

LA DETENCION DE NAOMI

Cuando la muchacha iba a salir de su puesto para atender a los clientes, hizo que le cayera, adrede, un magnífico jarrón de Copenhague que estaba limpiando. No le convenía de ninguna manera atender a aquellos señores, cuya verdadera personalidad no desconocía. Era preciso encontrar un pretexto para eludir de servirles. Y no se le ocurrió otra cosa que romper el jarrón de Copenhague.

Pero lo que podía evitarle de enfrentarse con Sherlock Holmes había de dar una nueva e importante orientación al detective.

Cuando el jarrón estalló en añicos y se desparramó por el suelo, el señor Hodder puso el grito en el cielo.

—¿Otra vez? ¿Qué ha roto usted ahora? Nunca había visto una persona como usted. No vale ni la mitad del sueldo que le pago.

—Oh, señor Hodder, disfruto de muy poca vista. No puedo remediar los ojos que tengo.

—Esta vez es un magnífico jarrón de Copenhague, de inapreciable valor artístico. Bien, eso hace cuatro piezas que lleva us-

ted rotos. Había el del Mercurio Volador, ayer, y voló también de sus manos, hecho pedazos; había los dos bustos de Napoleón el mismo día que empezó a trabajar usted aquí.

Hodder había dado una meridiana luz a la pista que Sherlock Holmes estaba siguiendo. No cabía ninguna duda: Giles Conover y su cómplice Naomi Drake estaban interesados en encontrar en el interior de un busto de Napoleón la perla Borgia que el primero había colocado apresuradamente el día que la robó del museo.

—Nunca rompí los bustos de Napoleón —se excusó vivamente la muchacha. Los encontré de esa manera.

Pero el diálogo entre Naomi, convertida en señorita Bittinger, y el señor Hodder no podía continuar. Había que atender a los dos clientes. El señor Hodder se ocuparía personalmente de ellos, mientras la señorita Bittinger recogería los fragmentos del jarrón de Copenhague esparcidos por el suelo. Su propósito estaba logrado. Así evitaba de hablar cara a cara con su propio perseguidor.

—¿Qué desean ustedes? —preguntó atónitamente el señor Hodder.

—Señor Hodder, yo me llamé Sherlock Holmes. Estoy practicando una investigación de carácter privado que guarda relación con unos bustos de Napoleón que usted adquirió en la tienda de escultura de Mr. Georges Gelder. Me han dicho que el miércoles pasado por la mañana tenía usted los seis bustos aquí.

—En efecto, así es.

—Pues vamos a ver, señor Hodder. Creo haber oído que dos de los bustos de Napoleón fueron rotos accidentalmente hace unos días, el mismo día en que la señorita Bittinger empezó a trabajar en su casa.

—¡Accidentalmente dice usted!... ¡Bah! Esta muchacha es una chapucera. Y volviéndose a ella, le ordenó que colocara los jarrones en la estantería, antes de que se le rompiera algo más.

—No sea usted tan severo con la señorita, señor Hodder. Un accidente puede ocurrir a cualquiera. Y ahora, dígame usted; me parece que ha dicho que dos de los bustos fueron rotos en su

misma tienda. Un tercero fué vendido al comandante Horace Harker, un cuarto a la señorita Carey y un quinto al señor Thomas Sandeford...

—Sí, señor. Y por una extraña coincidencia, estas tres personas han aparecido recientemente asesinadas.

—Exactamente, señor Hodder. Pero no fué como a usted le parece por una extraña coincidencia. Ya hablaremos de eso. Ahora me interesa que me diga dónde se encuentra el sexto busto de Napoleón.

—Pues, señor, lo vendí igual que los demás.

—¿Recuerda usted a quién se lo ha vendido, señor Hodder?

—Pues, pues, se lo vendí a un doctor que se llama... ¿Cómo se llama el doctor? ¡Oh, qué mala memoria la mía! Menos mal que anoté su nombre y su domicilio en mi libro de cuentas, como tengo por costumbre. ¿Dónde está ese libro? Ah, sí, en el cajón de mi mesa de trabajo. Vamos a ver, vamos a ver. Sería el miércoles o el jueves...

Y Hodder se dispuso a examinar el libro de cuentas.

—¿Tenemos suerte? —preguntó Watson a su amigo Holmes.

—Mucha suerte, Watson —replicó el interpelado. Y con manifiesto retitín y con objeto de que lo oyera la interesada, que se hallaba todavía detrás del mostrador, añadió—: Afortunadamente, esta vez nos hemos anticipado a la llegada de la intrigante y seductora Naomi Drake.

Entretanto, el señor Hodder, con el libro de cuentas en la mano, conseguía encontrar el nombre del señor a quien le fué vendido el sexto busto de Napoleón. Se trataba del doctor Joseph Caldecot, habitante en 13 Laburnum Street, en Streatham. Sherlock Holmes anotó rápidamente el nombre y la dirección del doctor, cuya vida, si no había sido segada todavía, corría inminente peligro.

Pero Sherlock Holmes no tenía nada de cándido. Por el contrario, era receloso y precavido, y nunca dejaba las cosas a medio hacer. ¿No podía caber que aquella dirección y aquel nombre no correspondiesen, en realidad, a los de la persona que había

adquirido el busto? Todo era posible teniendo en cuenta, sobre todo, de que Naomi Drake, mujer astuta y precavida, también se encontraba trabajando allí como por azar. Holmes quiso cerciorarse de la autenticidad de la escritura del libro de cuentas del señor Hodder, y mirando de nuevo la lista de sus clientes, le preguntó:

—Oiga, señor Hodder, ¿está usted seguro de que esta letra es la de usted? Le ruego que se fije bien, porque se trata de un detalle de suma importancia.

Afortunadamente, Naomi Drake ya no podía oír esta parte del interesante diálogo porque, aprovechando un momento de distracción, había penetrado en el interior de la tienda con objeto de ponerse telefónicamente en contacto con su cómplice Giles Conover.

Hodder miró detenidamente su libro y concluyó su examen para decir que tal como Holmes suponía aquella no era su letra. Sólo la palabra doctor había sido escrita por él. El resto había sido cambiado.

—¡Maldito sea! —exclamó airado el señor Gooder—. Eso es una burda falsificación.

—No me extraña, ni le extrañará a usted en cuanto sepa el porqué de la falsificación. Nombre y dirección han sido borrados deliberadamente con goma líquida y se ha insertado otro nombre y otra dirección. ¡Vaya apuro! Pero, piense usted con calma y cuidadosamente, señor Hodder: ¿no podría recordar el nombre y el domicilio que inscribió usted aquí?

—¡Pobre de mí! Ya le he dicho que mi memoria es muy flaca. Nunca he podido retener los nombres. Este que figura aquí es, desde luego, parecido al del doctor, pero he de reconocer que no es el mismo.

—¡Qué lista es la muchacha! —exclamó Holmes. Ha estampado aquí un nombre parecido al del doctor para que nos sintiéramos todos desorientados, en el caso de una investigación.

Mientras se desarrollaba la anterior escena, Naomi Drake había podido ponerse al habla por teléfono con el temible Giles Co-

nover y enterarle de lo sucedido en la trastienda. Sherlock Holmes se dió perfecta cuenta de la maniobra y, oído atento, pudo saber que alguien se encontraba telefoneando.

En la mesa del despacho del señor Hodder había otro aparato telefónico.

—¿Este teléfono —le preguntó Holmes— tiene alguna línea en el interior de su establecimiento?

—Sí, señor Holmes.

Holmes halló la gran oportunidad. Cogió el aparato de la mesa de Hodder y pudo escuchar perfecta y tranquilamente todo cuanto Naomi estaba diciendo a Giles Conover.

—Sí —decía ella—, tenías razón, Giles. Ha hecho efecto como un sueño. Ahora Holmes y los suyos se marcharán directamente, sin perder ni un minuto, al otro extremo de la ciudad.

—¿Puedo esperarte? ¿Vienes en seguida, Naomi? —le preguntó Giles.

—Sí, sí, Giles, salgo ahora mismo por la puerta trasera. Estaré en seguida contigo.

—Gracias, nena —respondió Conover—. Es todo cuanto quería saber—. Me marcharé al instante. Dentro de una hora nos encontraremos en el mismo sitio.

Pero Naomi quería saber si el «Reptil», el terrible reptil, que tan enamorado estaba de ella, se encontraba con Conover. Giles se lo dijo. En efecto, se hallaban los dos en la habitación. El «Reptil» acariciaba una polvera que un día Naomi se dejó extraviada en el domicilio de Conover.

—Entonces —dijo Naomi— no iré a esperarte hasta que te hayas librado de él.

—No seas tonta, mujer —replicó Conover—. Su devoción hacia ti es una cosa que emociona verdaderamente.

—Pues yo te repito que no puedo soportar que se me acerque. Es un monstruo.

Giles colgó, sonriente, el aparato.

—¡Giles, Giles! —gritó Naomi.

Sherlock Holmes, que seguía la conversación con el aparato

literalmente pegado a la oreja, continuó la charla telefónica, simulando perfectamente la voz de Giles Conover.

—Sí, nena sí, ¿qué te pasa? —le preguntó Holmes.

—Creí que habías colgado.

—Nada de eso, Naomi. Creo que hay otro doctor del mismo nombre que no aparece en el listig. ¿Estás bien segura de no haberte equivocado de nombre y de dirección? No vayamos a trabajar inútilmente.

Naomi cayó de lleno en la trampa que con tanta habilidad le había tendido el detective.

—Segurísima. Se trata del doctor Julián Boncourt. Anota: B-o-n-c-o-u-r-t, que reside en 18 Chalsen Place.

Rápidamente, Holmes anotó la dirección que, con tanta candidez e ignorando la superchería, le había dado la propia Naomi.

—Gracias, nena, y no te preocupes por lo del «Reptil». Yo ya me cuidaré de él.

Holmes colgó el aparato para no ponerse en evidencia. Ya tenía cuanto le interesaba principalmente. Dirigiéndose al doctor Watson le rogó que llamara por teléfono al doctor Boncourt, para pedirle que inmediatamente llevara el busto de Napoleón al puesto de policía más cercano a su domicilio.

Mientras el doctor Watson telefoneaba a la presunta víctima, Holmes salía por la puerta trasera del edificio en que se hallaba enclavada la tienda de Hodder. En aquel preciso instante, por una escalera interior descendía Naomi. Poco podía sospechar ella que era Holmes quien la aguardaba tranquilamente dispuesto a prenderla.

—No tengas miedo, Naomi —le dijo—. Aquí estoy para cogerte, para que no te caigas y te rompas una pierna como si fuera un busto de Napoleón.

—Se cree usted muy listo, ¿verdad? Pero no puede usted detenerme. ¿Qué acusación puede existir contra mí?

—Una y de mucho volumen y no poco peso. Por vender cerillas sin permiso por la calle.

Sherlock Holmes no andaba tampoco equivocado. Días antes,

mientras él y su ayudante inseparable, el doctor Watson, iban charlando por la calle, refiriéndose en su conversación a los asesinatos cometidos, una muchacha —que no era otra que Naomi— les ofreció corillas, que los dos hombres rechazaron. Sherlock, buen observador, se dio cuenta en seguida de que aquella mujer era Naomi Drake, y rogó a Watson que acelerara el paso, ya que alguien les estaba persiguiendo. En efecto, poco después de haberse cruzado con la supuesta vendedora de corillas, un coche negro les iba siguiendo. Cuando ya se encontraba a la altura de Sherlock y de Watson, aquél rogó imperativamente a su amigo que se refuglara. Los dos lo hicieron en una escalera. En aquel instante, desde el coche fueron disparados unos tiros de pistola que, afortunadamente, no hicieron blanco.

He aquí por qué, en esta ocasión, Sherlock Holmes podía decir a Naomi Drake que se la acusaba de vender corillas por las calles sin tener el correspondiente permiso de la policía.

Holmes se dirigió al guardia que le acompañaba y le rogó que pusiera las esposas a Naomi Drake, acusada de complicidad en tres asesinatos y posiblemente en un cuarto crimen: el del doctor Boncourt.

El guardia se llevó detenida a Naomi, y Holmes penetró nuevamente en la tienda de Hodder, donde Watson insistía desde el aparato telefónico para localizar al doctor Boncourt. Pero su tentativa resultaba por el momento infructuosa. El doctor Boncourt no se hallaba en su casa, o, por lo menos, no respondía a las insistentes llamadas telefónicas, por lo que Sherlock Holmes empezó a temer que le hubiese sucedido algo irreparable, como a los tres malogrados compradores de los bustos de Napoleón.

CASTIGO DE LOS CULPABLES

Giles Conover, acompañado del «Reptil», se dirigió en coche hasta el domicilio del doctor Boncourt, dispuesto a terminar con él y a hacerse con el busto de Napoleón, en el que ya no cabía ninguna duda que se encontraba la preciada perla Borgia.

Con una llave que llevaba en el bolsillo del gabán, Giles Conover, seguido siempre del «Reptil», penetró en la casa del malogrado doctor. Este se hallaba en la parte de la casa destinada a clínica, operando a un enfermo.

Sin respetar el cometido a que se hallaba dedicado el doctor Boncourt, Giles Conover penetró en la clínica, pistola en mano, y le interpeió:

—Doctor Boncourt.

El doctor, sin levantar la vista del cuerpo del paciente, como si estuviera en el punto culminante, difícil, de la operación, murmuró apenas:

—Sí... sí... ¿Qué quiere? ¿No ve que estoy ocupado?

—Procuraré ser breve, doctor. He venido solo para que...

—¿Cómo ha entrado usted aquí? ¿Quién es usted? —preguntó el doctor Boncourt, sin levantar la cabeza.

—También yo estoy muy ocupado —replicó clínicamente Giles Conover. Y añadió:

—Tengo entendido que hace unos pocos días compró usted en casa del señor Hodder un busto de Napoleón. Me gustaría verlo.

—¿Pero, de qué está usted hablando? ¿Quiere usted salir de aquí, por favor, o me verá obligado a llamar a la policía?

—No, no lo intente, amigo. Venga, de prisa. ¿dónde está ese busto?

El doctor Boncourt, siempre sin levantar los ojos, le dijo a Conover que el busto se había roto y que los trozos se hallaban en la papelería.

Cuando Giles Conover, creyendo en las palabras del doctor, se iba a agachar para buscar los fragmentos del busto en la papelería, el doctor Boncourt se quitó la máscara que llevaba para operar y se reveló como quien verdaderamente era: como Sherlock Holmes.

—No se moleste, Giles Conover, la perla Borgia no está aquí. Y ahora, suelte inmediatamente la pistola. El busto sigue enterito y está a salvo.

—¡Vaya, vaya! ¡Sigue usted con sus pequeñas sorpresas, señor Holmes!

—Póngase contra la pared. No me gusta su trabajo, ni su olor, ese olor del hampa, esa dulzura de la depravación. Usted no ha robado ni ha matado meramente por afán de lucro, como cualquier otro asesino medio decente. No, a usted le gusta la crueldad. El mundo estará mucho mejor sin su presencia. Tendré mucho placer en...

Giles Conover se vio amenazado, y, empuñando su pistola, gritó, airado:

—No, no se mueva. Manos arriba.

Sherlock Holmes tuvo que obedecerle forzosamente ante la amenaza armada.

—Eso es. Eso es. Y ahora tranquilícese.

Acercándose a la pared, Conover apagó las luces, desconec-

tando los hilos eléctricos, y se acercó de nuevo a Sherlock Holmes:

—Tiene que saber, señor Holmes, que no hubiese pensado en desconectar los hilos si no hubiese sido por su excelente locación en el Real Regent Museum. ¿No se acuerda ya?

—He oído decir que la imitación es la más sincera de las adulaciones, amigo Conover.

—¡Oh, sí! A mí me gusta aprender siempre de los viejos maestros. Pero, no perdamos tiempo: ¿dónde está ese busto?

—Ya no se halla aquí. Se lo he dicho antes. El doctor Boncourt se lo llevó a la comisaría.

—No me convence, Sherlock Holmes. Es una mentira bastante floja. No creo que lo haya perdido de vista. Habría temido usted que el doctor Boncourt tropezara con nosotros, tanto o más listos que usted mismo.

—¿Nosotros, dice usted?

—Sí, nosotros. Ya sabe a quién me refiero: al «Reptil», al «Reptil».

En efecto, el «Reptil» se encontraba allí en la antosala, dispuesto, como siempre, a obedecer las órdenes de Conover y a estrangular a sus víctimas y a romperles la espina dorsal.

Giles Conover, sin dejar de amenazar con la pistola a Holmes y sin mover siquiera la cabeza, ordenó al «Reptil»:

—Quédate aquí, no te muevas por el momento y escúchame. Vete al cuarto que se halla al final de las escaleras, el de las puertas de vidrio. Ya sabes lo que tienes que buscar. Y si por casualidad encontraras al doctor Boncourt, al auténtico, preséntale tus respetos sin olvidar de presentarle también los míos.

Sherlock Holmes se encontraba en un trance muy difícil. El «Reptil» se encontraría con el doctor Boncourt, tendido en la cama, por enfermo, y terminaría con su vida. Luego, Conover se haría con el busto de Napoleón, y con la perla Borgia en su poder, ordenaría al «Reptil» que rompiera la espina dorsal al detective. Le quedaban pocos recursos a Sherlock Holmes. Pero no era hombre que desmayara, no era hombre que se sintiera nunca

desfallecer, y se le ocurrió una extraordinaria y suprema estratagema, la única que podía desarrollar: despertar la ira del «Reptil». Le hablaría del peligro inminente y grave que Naomi Drake estaba corriendo, y ello excitara tanto al «Reptil» que mataría a Giles Conover, al que deliberadamente Sherlock Holmes haría responsable de lo acontecido y de lo que pudiera acontecer a Naomi.

Y levantando la voz para que el «Reptil» lo oyera perfectamente, Sherlock Holmes exclamó:

—Eso le costará caro, Conover, lo mismo que a Naomi Drake. ¿Sabe usted que la hemos detenido?

—¡Qué lástima! —respondió fríamente Giles Conover—. Ese era su fin.

—No, Conover, ésa es su culpa. Toda la responsabilidad recae en usted. ¡Pobre Naomi! Si yo fuese usted, Giles, no se lo diría al «Reptil». Es preferible que no lo sepa porque toda su ira se descargaría sobre usted. Usted la ha dejado caer en manos de la policía. Ya sé que él está loco por Naomi. Es una muchacha tan bonita.

Al oír las palabras iniciales de Sherlock Holmes, el «Reptil» había interrumpido su marcha hacia las habitaciones particulares del doctor Boncourt y escuchaba atentamente cuanto iba diciendo el detective. Conover ignoraba la actitud que había tomado su cómplice.

—Usted pretende asustarme —dijo a Sherlock Holmes—. Pero es inútil. A Naomi no podrán hacerle nada. Saldrá libre.

—Oh, no, no saldrá. Perdió la cabeza en cuanto se vió acosada. Cogió unas tijeras y mató con ellas al bueno del doctor Watson. La colgarán por esto y la colgarán por su culpa. Usted la ha metido en este asunto. Y ahora no hará nada por ella, ¿verdad? Todo sería inútil. La policía le está buscando. Y a Naomi le pondrán la soga al cuello, y los sepultureros cogerán su bello cuerpo y lo echarán en una fosa de cal viva...

El objetivo de Sherlock estaba logrado. Sus palabras habían conseguido excitar la cólera del hombre-monstruo. Volviendo sus

pasos del gabinete del doctor Boncourt, en el que se encontraban Sherlock Holmes y Giles Conover, avanzó lentamente, levantó los brazos y cuando estuvo al alcance de su cómplice, se abalanzó sobre él, lo estranguló y le rompió la columna vertebral.

Pero su labor no había terminado aún. Era necesario eliminar a Sherlock Holmes. También el detective caería como sus demás víctimas. Era difícil que, en lucha abierta, a brazo partido, Sherlock Holmes pudiese salir vencedor en el combate con una verdadera fiera. Pero a pocos pasos del detective se hallaba la pistola que Giles Conover había dejado caer al ser brutalmente acometido por el «Reptil». Sherlock Holmes, en medio de la obscuridad reinante en el gabinete, pudo hacerse con el arma, y cuando el «Reptil» estaba ya a su alcance, dispuesto a terminar con él, Sherlock Holmes cogió la pistola y disparó dos tiros. El cuerpo gigantesco, enorme, del «Reptil» se desplomó pesadamente al suelo para no levantarse más.

EL TRIUNFO DE SHERLOCK HOLMES

Entretanto, Watson, Lestrade y los policías que tenían lo que estaba sucediendo en el domicilio del doctor Boncourt, llegaban allí dispuestos a salvar a los dos hombres del peligro que corrían. La puerta estaba cerrada.

—¡Duro con ella! —gritó Lestrade—. Es preciso derribar la puerta cuanto antes.

La puerta no cedía.

—¡Prueben ustedes con los hombros! ¡Duro con ella! ¡Eso es! ¡Así!

Un fuerte empujón de los dos guardias consiguió derribar la puerta. A pocos pasos de ella encontraron a Sherlock Holmes, fumando tranquilo su pipa ya famosa en los anales policíacos y detectivescos.

—Entren ustedes, caballeros —se limitó a decir con perfecta sangre fría.

—¿Pero, dónde está el doctor Boncourt? —preguntó el doctor Watson.

—El doctor Boncourt está perfectamente bien, sano y salvo.

Envíe a uno de sus hombres, amigo Lestrade, y dígame al doctor Boncourt que todo ha salido a maravilla. Verán ustedes: es un hombre viejo y tiene el corazón bastante débil. Por eso no quise enviarle fuera de la casa. Está arriba.

—Muy bien. Subo yo mismo —propuso Lestrade.

—Se encontrará usted con Giles Conover y el «Reptil».

—¿Qué dice usted, Holmes? ¿Conover y el «Reptil»?

—Sí, he dicho bien, querido Lestrade. El «Reptil», aquel que usted aseguraba que ya no era de este mundo. Era de este mundo. Era...

—¿Dónde está el «Reptil»?

—Le encontrará usted en el laboratorio. También encontrará a Giles Conover. Pero no es preciso que tome sus precauciones. Esta vez no va a necesitar espadas ni revólver.

—¡Oh! —exclamó maravillado Lestrade.

—Los cogiste —dijo, alborozado, el bueno del doctor Watson.

—Sí, a los dos.

—¿Encontraron el busto?

—No.

—¿Cómo lo arreglaste?

—Tuve muy poco tiempo, Watson. Por eso puse el busto en un lugar donde estuviese seguro de que no lo encontraría Conover. Cuando él entró pasó rozando por su lado.

Entraron todos en el gabinete del doctor Boncourt, y Sherlock Holmes les mostró el busto, que se hallaba cubierto con el clásico y famoso sombrero del detective.

—¡Es asombroso! ¿Y la perla Borgia está ahí dentro?

—No lo he mirado todavía. Pero debe de estar. Si no se halla dentro de este sexto y último busto de Napoleón, me retiro de la profesión y me dedico a la pacífica cría de abejas.

Watson, impaciente, se dispuso a romper el busto de Napoleón. Hubo un momento de emoción porque, por el instante, la joya no aparecía. Pero entre dos trozos de porcelana apareció rutilante como siempre.

—Ahí está—gritó entusiasmado y feliz como nunca el entrañable amigo de Holmes.

Y Sherlock Holmes la cogió cuidadosamente con la mano, para decir con aire reflexivo y emocionado:

—La famosa perla Borgia, con la sangre de cinco víctimas más sobre ella: tres víctimas inocentes y dos víctimas culpables.

—Conover y el «Reptil». Menos mal que ellos eran los responsables. Su sangre ha sido cara, pero al fin han explado.

—Sí, Watson. Conover no era más que un símbolo de la ambición, la crueldad y la codicia que desde hace siglos convierte a los hombres en ladrones y en asesinos.

Tras una breve pausa, Sherlock Holmes repuso, siempre con la preciosa joya entre los dedos:

—Y se seguirá luchando, Watson, por una perla, por una mujer o por un reino, quizás, un día, por ejercer la hegemonía y el dominio en el mundo entero. Siempre habrá lucha enconada, implacable y sangrienta, siempre..., hasta que la ambición y la crueldad hayan sido definitivamente extirpadas del último de nosotros. Y cuando ese día llegue, quizás incluso la perla Borgia, tan manchada de sangre, vuelva a estar perfectamente limpia para deslumbrarnos con su brillo más puro que su brillo actual.

* * *

Pocos momentos después la perla volvía a estar en posesión del Royal Regent Museum. Pero esta vez —aprovechando la lección que hubo dado Sherlock Holmes a su conservador— había de ser guardada con mejores garantías de seguridad.

EDICIONES BIBLIOTECA

FILMS (Serie Alfa) 2'50 ptas.

Guidada con la que ha-	Michael Redgrave
Por la dama y el honor	Paul Lukas
El día de mi quince	Carlos Gardel
Maria Estuardo	K. Hepburn
La prefiere millonaria	Gene Raymond
Los polímeros de la gloria	James Cagney
La bella rebelde	Ann Sothern
Buscando fama	Don Ameche
Una mujer imposible	Jerry Lutz
El hombre del Níger	Victor Francen
Extraños en luna de miel	Hugh Sinclair
Pronto durado	Calvin - Colbert
Andrés Harvey, tenorio	Mickey Rooney
El secreto del marqués	Armando Falconi
Irreversible	Ann Neagle
Una hora en blanco	Franchot Tone
La batalla	Charles Boyer
La familia Robinson	F. Bartholomew
El valle del sol	I. Craig, L. Ball, A. Moreno

Quien conquista a la	M. Hopkins
mujer	
Casados sin casa	Mentou-P. Negri
La mujer de las dos ca-	
ras	
Luna llena	Greta Garbo
La heva radiante	J. MacDonald
El signo de la cruz	Joan Crawford
Cuando ellas se encuen-	Fredrich March
tran	
El rapto de Laura	Joan Crawford
Una chica se divierte	Joan Fontaine
El Club 400	Joan Arthur
Una mujer endiablada	Anna Shirley
La vuelta del Rano, Ba-	Lupe Vélez
zada en la novela de	
Edgar Wallace	
El gran jefe	Victor MacLaglen
Cuando los hijos se van	Fernando Soler
Otra vez más	Ronald Colman
La hermanita del ma-	
yordome	
Juventud ambiciosa	Diana Durbin
El sospechoso	William Holden
Matrimonio de incanva-	Ch. Laughton
niencia	
Una chica afortunada	Diana Barrimore
La dama del tren	Joan Arthur
Documento X, 3	Diana Durbin
Zazá	Ira Miranda
	C. Colbert

«Nueva serie»

3 ptas.

Olivio	K. Hepburn
El duque de West Point	Joan Fontaine
El nuevo Zorro	John Carroll
Rutas infernales	John Wayne
Hombreros intrépidos	John Wayne
El Canon	John Hall
La ruta del Este	John Ayer
¿Crimes o suicidio?	Paul Kelly
¿Qué lindo se Michae-	
lén!	Tito Guizar

«Serie especial»

3'50 ptas.

Cuando quiero un muel-	
lano	
Así se quiere en Jalisco	Jorge Negrete
Diego Bandera	Jorge Negrete
Perjuicio	Jorge Negrete
Jorge Negrete (Biogra-	Jorge Negrete
fía)	
La cámara diabólica (1.ª	Flash Gordon
parte)	
El rayo de la muerte	Flash Gordon
(2.ª parte)	
La Doloresa	Arturo Godoy
Tarzan de las fieras	Ruiter Grable
La madrina del diablo	Jorge Negrete
Sargento York	Gary Cooper
Seda, sangre y sol	Jorge Negrete
Una carta de amor	Jorge Negrete
Una mujer internacional	George Brent
Mi novio está loco	Dennis O'Keefe
¡Ay Jalisco, no te rejes!	Jorge Negrete
También somos seres	
humanos	Burgess Meredith
La venganza de Lager-	
dere	Jorge Negrete
Camino de sacramento	Jorge Negrete
Destino	Ingrid Bergman
Extraña mujer	Hedy Lamarr
La dama de la frontera	Yvonne de Carlo
Marueta Clara	Evita Muñoz
	(Chachita)
Montecassino	Ubaldo Lay

«Serie especial»

4 ptas.

El Ametrallador	Pedro Infante
¡Viva mi desgracia!	Pedro Infante
Como México no hay	
dos	Tito Guizar
1 usa	Stil Jarrel

BIBLIOTECA CINE NACIONAL

«Serie especial»

4 ptas.

Don Quijote de la Man-	
cha	Rafael Riveles

SELECCION BIBLIOTECA FILMS

1'25 ptas.

A la lima y al limón	Miguel Ligero
La Parrala	Maruja Tomás
Verbona	Maruja Tomás
Rosa de Africa	Tomás - Medina
Noche de ensayo	A. Nazzari
Cautivo del deseo	Leslie Howard
Flor de espino y propa-	
nos de Albalá	Gracia de Triana
Tú llegarás	Roberto Ray
Buenas noches	María L. Cerona
Oreño	Roberto Ray

CELEBRIDADES DEL CINEMA

Charles Boyer (Colec-	75 cént.
ción de 8 postales)	

BIBLIOTECA CINE NACIONAL

2 ptas.

¡Me quiero!... ¡No quiero...	José Baviera
Un tiempo ojos de mujer fatal	R. de Santmenat
Erin tres hermanas	Luisita Gargallo
Behnino	Emilia Aliaga
Don Floripondio	Valeriano León
Los hijos de la noche	Miguel Ligero
La última falla	Miguel Ligero
Martingala	Niño Marchena
Raptema usted	Celia Cármas
Tierra y cielo	Maruchi Fresno
Jai-alai	Inés del Val
¿Quién me compra un lio?	Maruja Toms
Reencuentro madrileño	P. G. Velázquez
La reina mora	Pedro Terol
Maria de la O	Carmen Amaya
Alas de paz	Lys Valois

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

La arletriana	Raimu
Marius	Richard Dix
Manchuria	Gloria Swanson
Indiscreta	Brigitte Helm
Una de nosotras	Diana Karenine
El collar de la reina	Camila Horn
Moral y amor	Cary Grant
Casino del mar	M. Chevalier
El caballero del Folies	E. G. Robinson
Paseo por la fama	Carmen Guerrero
Maria Elena (Flor de fuego)	Wynne Gibson
El sobre sacado	Charles Collins
El bailarín pirata	Astaire - Rogers
Sigamos la flota	Lil Dagover
Mamá se casa	Robert Taylor
Melodía Broadway 1938	Cenit Raymond
Apuesta de amor	Warren William
La vuelta de A. Lupin	Gino Cervi
Héctor Fieramosca	Lili Pons
El mundo a sus pies	A. Nazari
Seguimiento en vida	K. Hepburn
Damas del teatro	Zasu Pitts
El detective y su compañeros	Joan Fontaine
Señorita en desgracia	Kate de Nagy
Una aventura de la Pompadour	Born Karloff
El poder invisible	Willy Bergel
Melodía rota	Ann Southern
Cupido sin memoria	Paula Wessely
Maria, Reina	Clove Brook
El caso Vero	Joan Fontaine
La quimera de Hollywood	Heinz Rühman
Los tres vagabundos	

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

El rey soldado	Emil Jannings
El malvado Carabel	Antonio Vico
El doctor Arrowsmith	Ronald Colman
El cardenal Richelieu	George Arliss

BIBLIOTECA CINE NACIONAL

(Serie Alfa) 2'50 ptas.

Carmen la de Triona	I. Argentina
Melodía de arrabal	R. de Santmenat
La Millona	Luisita Gargallo
El sobre sacado	Miguel Ligero
Suspiros de España	Antonio Vico
El difunto es un vivo	Miguel Ligero
Rumbo al Cairo	Lina Yegros
El octavo mandamiento	Pedro Terol
Molinos de viento	Flora Santacruz
La alegría de la huerta	Miguel Ligero
El barbero de Sevilla	Ramón Pereda
El crimen de medianoche	Maruja Gómez
Sal de Valencia	Tony D'Algy
Misterio en la marisma	M. F. Ladrón G.
Rosas de acero	Estrellita Castro
La patria chica	José Hernán
La chica del gato	Marcades Vecine
Un enredo de familia	Luis Prades
La culpa del otro	Luchy Soto
Fin de curso	Luis Prades
Mi enemigo y yo	Ovidio Gurmán
Y tú ¿quién eres?	Silvia Morgan
Una mujer en un taxi	F. Gósser
Una herencia en París	Sara Montiel
Emposó en boda	

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS (Serie Alfa)

2'50 ptas.

Sabiduría Toomay de los Elefantos	Michael Redgrave
Tú cambiarás de vida	Danielle Darrieux
Una chica insuperable	Ann Harding
Mortal sugestión	Dolores del Río
Acusado	Lady Kelly
El misterio de Villa Rosa	Crista Cyn
Albergo nocturno	Claude Raignon
Los dos niños de París	Lil Dagover
¿Es mi hijo?	
Las vacaciones del juez Harvey	Mickey Rooney
La última avanzada	Cary Grant
Margarita Gautier	G. Carbo - Taylor
Forja de hombres	Mickey Rooney
Bajo el manto de la noche	Edmund Lowe
El pequeño lord	F. Bartholomew
El asesino invisible	Walter Abel
Alarma en el expres	Michael Redgrave
Los dos pilletes	Jacques Tixell
Pygmalion	Leslie Howard

EL ARCA DE NOÉ

Otra novedad de abracadabrante humorismo y gracia,
creación de la popular

PORTADA A TODO COLOR
del genial dibujante y humorista
M U N T A Ñ O L A

CHISTES ATÓMICOS Y DESTERNILLANTES
PROFUSIÓN DE DIBUJOS
EQUÍVOCOS - ASTRACÁN - DESCACHARRANTE

Arca Gráficas Estilo - Valencia, 224

4 ptas.